

La Ilustración



Artística

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

AÑO XIV

BARCELONA 3 DE JUNIO DE 1895

Núm. 701

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

Con el último número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA repartimos á los señores suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL la preciosa novela de Héctor Malot *En familia*, premiada por la Academia Francesa é ilustrada con profusión de grabados.

Los señores suscriptores que no hayan recibido esta obra, que forma el segundo de los tomos correspondientes al presente año, se servirán reclamarla á los repartidores ó á los corresponsales de esta casa.

SUMARIO

Texto.— *Exposición nacional de Bellas Artes*, por R. Balsa de la Vega. — *Semblanza. Pedro A. de Alarcón*, por F. Moreno Godino. — *Golpe al parché*, por Angel R. Chaves. — *Crónica parisiense*, por B. Enseñat. — *Nuestros grabados.* — *Un buen tío y un buen cura* (continuación), novela original de Juan de la Brete, con ilustraciones de Cabrinety, traducción de Carlos de Ochoa y Madrazo. — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Reproducción de las fotografías á distancia. El electro-artógrafo Amstutz.* — Libros enviados á esta Redacción.

Grabados.— *Buenos amigos*, copia del cuadro del pintor Geza Peske. — *Pedro A. de Alarcón.* — *Diviettes españolas en los cafés conciertos de París: En el «Jardín de París:» Concierto en los «Ambassadeurs»*, dibujos de S. Azpiazu que ilustran la *Crónica parisiense*. — *Individuos del Jurado de la Exposición nacional de Bellas Artes*, nueve retratos. — *En la fuente*, cuadro de R. López Cabrera. — *¡Gloria á los mártires del «Reina Regente!»*, composición y dibujo de Xumetra. — *D. José Yxart y Moragas*, fallecido en Tarragona el 25 de mayo de 1895. — *D. Isaac Peral.* — Figs. 1, 2, 3, 4 y 5. El electro-artógrafo Amstutz. — *El hombre pájaro Janos Dobos.*



BUENOS AMIGOS,

copia del cuadro del celebrado pintor Geza Peske

EXPOSICIÓN NACIONAL

DE BELLAS ARTES

I

A 1.257 ascienden las obras de la sección de Pintura de esta exposición, á 135 (salvo error de cuenta) las de la de Escultura y á 14 las de la de Arquitectura; arrojando un total de 1.406, según el catálogo, las obras de arte que se exhiben actualmente en el Palacio del Hipódromo.

Pertencen á la pintura de «paisaje» 281 cuadros, á la de «marina» 79, á la de flores y naturaleza muerta 117, á la *bucólica* 24, á la de retrato 180; los bocetos, apuntes, estudios, etc., son 308.

La impresión que al público y á la prensa ha causado en el primer momento la totalidad de la obra expuesta no ha sido halagüeña; debiendo advertirse, por ser este un dato curioso, que, salvo contadas excepciones, los grandes lienzos son los peores. Como viene aconteciendo desde que hay Exposiciones de Bellas Artes en Madrid, y cuenta que se han celebrado bastantes, y que por lo que á mí toca, he visto más de media docena, las censuras á los jurados dirigidas por los inteligentes tienen por motivo el exceso de benevolencia con que procedieron y proceden en la admisión de obras. Otro dato muy significativo debo apuntar: la crítica con unanimidad rara no señala más de doscientas obras dignas de atención por algún concepto, sin excluir de éste el nombre del autor.

Dicho todo lo cual, paso á ocuparme de la sección de Escultura.

* * *

Figura en primer término pero á una altura incommensurable respecto de las restantes, la estatua de *Trueba*, modelada por Mariano Benlliure y muy bien fundida en bronce por la casa Masriera, de Barcelona. La obra de Benlliure es de la naturaleza de aquellas que immortalizan al artista que las ejecuta.

De mí sé decir tan sólo que no puedo juzgar la efigie del poeta vasco. Horas y horas paso contemplando aquella maravilla del genio de Benlliure, que parece ejecutada con el pensamiento.

De todas las estatuas esculpidas por el escultor valenciano, ésta es sin duda alguna la más perfecta, así plásticamente como en lo que se refiere á la interpretación del carácter moral del estatuido. Cuantos hayan leído y saboreado las descripciones de los paisajes, tipos y costumbres de la tierra vasca hechas por Trueba; cuantos hayan conocido al hombre, seguramente apreciarán como evocación maravillosa la efigie que de Trueba modeló Benlliure.

Aparece el poeta sentado en un banco rústico; en el respaldo apoya el brazo izquierdo y con la mano sujeta unas cuartillas. El torso, ligeramente vuelto hacia la derecha, es de una proporción justísima; sobre el muslo derecho apoya la mano del mismo lado, en la cual se ve un lápiz cogido en la disposición que es corriente cuando se utiliza. La cabeza de la estatua, más vuelta que el torso hacia la derecha, encaja de un modo admirable entre los hombros; la pierna izquierda, doblada hasta formar un ángulo agudo, se oculta detrás de la derecha, que está apoyada naturalmente.

La indumentaria es, como puede suponerse, la vulgar y corriente de un burgués. Y sin embargo de lo antiestético de las líneas del pantalón y de las demás prendas que usamos, Benlliure ha realizado el prodigio de trazar una estatua cuya silueta, desde cualquier punto de vista que se la mire, resulta elegante, acusando el desnudo de tal modo, que no deja lugar á duda alguna respecto de aquella región del cuerpo que se indica bajo las ropas.

Pero si mirada en totalidad la estatua es de una proporción y armonía de líneas exquisitas, estudiando particularmente la cabeza, todo cuanto en elogio de ésta se diga es poco. La sonrisa de placidez que anima aquella faz de bronce; la tranquila mirada de aquellos ojos cuyas pupilas huecas causan la ilusión de la realidad; aquellas mejillas de las cuales ha desaparecido la tersura de la juventud; aquel cuello robusto, pero que revela ya la blandura que el tejido adiposo adquiere en los comienzos de la senectud; aquella frente que surcan ligeras arrugas; aquel bigote ligeramente alzado á la borgoñona, todo esto produce un efecto de verdad tan grande, que mirado con aten-

ción durante algún tiempo, parece verse cómo la sangre circula, cómo se contraen con la sonrisa los labios, cómo se refleja en el rostro la placidez del espíritu que anima al poeta vasco.

De los detalles de ejecución me limito á repetir las siguientes palabras de uno de los jurados, en compañía de quien admiraba yo la obra de Benlliure. «Vea usted esos borcegués — me dijo mi acompañante. — Si no fuesen mayores que los de tamaño natural, los creería vaciados todo el mundo.»

Benlliure exhibe también dos bustos en bronce. Uno es el retrato de una señora joven y de bellas y animadísimas facciones; el otro es el de una niña. Ambos están modelados como únicamente modela Benlliure.

El autor de *La Tradición*, Agustín Querol, ha traído á este certamen nueve obras. Cuatro son bustos retratos en mármol, dos una cabeza de la famosa *Tullia*, que allá en los tiempos de la pagana Roma asombraba con sus costumbres corrompidas á sus corrompidos conciudadanos, y otra del santo de Asís, ambas también esculpidas en mármol: dos estatuitas en bronce, representando á *Don Juan Tenorio* y á *Doña Inés*, y el conocido bajo relieve *San Francisco curando á los leprosos*.

Sabido es del mundo artístico el dominio grande que de la técnica de su arte posee Querol. Decir que toda la obra que expone está prodigiosamente modelada, es decir una vulgaridad. Como he apuntado en otra parte y antes de ahora, el barro y el mármol dejan de ser materias inertes, para adquirir vida bajo los dedos del escultor tortosino; sobre todo cuando imita la carne, ésta palpita y parece adquirir toda la morbidez y blandura de la del modelo, especialmente si éste es mujer. Por eso los bustos retratos de la señora del actual presidente del Consejo de ministros y el de la marquesa de Alonso de León habrán de ser admirados siempre. Pero á pesar de lo dicho, el busto del rey lo considero superior al de la regente y á los citados, así en el parecido como en la ejecución.

Pudiera excusarme la labor de estudiar y describir el bajo relieve que como obra capital exhibe Querol; pues aun cuando dicho bajo relieve ha sido reproducido en mármol y algunos detalles han ganado, como podrá apreciarse comparándolos con los del modelo en yeso, no introducen en lo más mínimo variación alguna en la totalidad de la composición. Pero no quisiera que alguien juzgase torcidamente el omitir aquí un juicio, siquiera sea el tercero que yo hago respecto de obra tan conocida; así pues, repetiré otra vez más lo dicho.

Mide el bajo relieve 3'50 metros de ancho por 2'20 de alto y está esculpido en mármol blanco de Carrara. Ocupa el centro de la composición la figura de San Francisco, que aparece de perfil, colocando la mano derecha sobre el llagado cuerpo de un leproso, á quien sostienen algunos de los que rodean al santo. A la derecha del espectador, en primer plano y ofreciendo su auxilio al enfermo, se ve de rodillas á un fraile; inmediatamente y en pie está otro que sostiene un ánfora; varias figuras de frailes, curiosos y enfermos completan la composición por este lado. En el izquierdo, sentado en el suelo, un leproso, al que sostiene una mujer, extiende los brazos hacia San Francisco; detrás de este grupo otros enfermos, de pie, miran con ansia al fundador de la orden de Menores; entre los que asisten al prodigioso espectáculo que ofrece la ardiente caridad del iluminado de Asís, se ve un niño.

Tal es, á grandes rasgos descrita, la escena que representa el bellísimo bajo relieve modelado por Querol.

Sería, como he dicho más arriba, repetir una cosa de todos sabida, decir en elogio de la factura de esta obra que es muy bella y que luce el artista sus condiciones de ejecutante con un brío y una espontaneidad dignos de encomio. Telas y carnes están prodigiosamente modeladas, y tengo por cierto que aun aquellos que aquilatan el mérito hasta en el más pequeño detalle, no podrán dejar de alabar las condiciones apuntadas. Por lo que atañe al rigorismo con que exige la crítica moderna que sean tratados los asuntos históricos, quizá puedan hacerse al artista objeciones de cierto valor; pero me he propuesto no exponer juicio crítico alguno, y quiero cumplir mi propósito. Tiempo, espacio y lugar tendré, más adelante, para llevar á cabo de la mejor manera que sepa la misión que en mi calidad de crítico debo cumplir.

Susillo exhibe cinco obras; tres de ellas de importancia por el tamaño y por el asunto; sin embargo, voy á ocuparme, ligeramente, por supuesto (pues de extenderme en el estudio y descripción de los cuadros y esculturas que figuran en el actual certamen, no terminaría nunca), del bajo relieve en barro cocido que se titula y que en efecto representa una bacanal. Poco más de un metro de ancho mide este cuadrado escultórico, en el que se ven cómo bailan al son de panderos y de tibias jóvenes de belleza verdaderamente voluptuosa, como las de aquellas Ménades de cabellos rubios con quienes soñaba el viejo Anacreonte y que le acompañaban en sus libaciones. Allí se ven los sátiros de pies de macho cabrío y los faunos girando en vertiginosa danza, con las hermosas bacantes, cuyos mórbidos cuerpos adoptan las más seductoras posturas. Varias de estas sacerdotisas de Baco llevan en andas un sátiro completamente beodo. Al fondo de la composición se ve el ara.

Es este bajo relieve una de esas obras de arte que despiertan el ansia de poseerlas. Poco importa que los tipos de aquellas mujeres no sean rigurosamente helenos; las caras de las mujeres andaluzas, y las de las sevillanas especialmente, si no tienen la corrección de líneas de las de las hijas de Caria ó de Egina, tienen en cambio gracia y sal para dar y tomar. Y este detalle no quita valor á la obra, ni el poquito del sabor clásico que se gusta viéndola. Y aun mirando con detenimiento el bajo relieve de Susillo, parece como que llegan á nuestros oídos las estrofas que en honor de las embriagueces del vino y del amor compusiera Anacreonte.

Dejemos al cantor de Baco que encargue á Efesto la fabricación de una copa de plata muy honda, donde le cincele *la vid y el alegre racimo*; dejemos á las Ménades que vendimien (con permiso de Roger de Flor, no sea cosa que no existiesen vides en los tiempos de Anacreonte) y hagamos un ligero alto en nuestra visita á las obras de Susillo, ante el *Cristo* (2'40 metros de alto por 1'70 de ancho) de bronce y ante el grupo que forman Pilatos y aquel sacerdote ó fariseo que le pide á gritos (según es de descompuesto su ademán) la muerte del justo. Cristo aparece con la cabeza levantada al cielo: por la posición de la cabeza en el momento elegido por el escultor para representar á Jesús de Nazareth, es aquel en que exclama: *¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?*

No es una obra acertada ésta, aun teniendo como tiene trozos modelados y sentidos como siente y modela el notable escultor sevillano. Para mí, esculpir ó pintar un Cristo es empeño casi imposible. Los distintos relatos que de la crucifixión nos hicieron desde los evangelistas hasta los más autorizados padres de la Iglesia, dan lugar para muchas dudas y confusiones que traen aparejados el error histórico y el error plástico.

Del grupo de Pilatos y el fariseo (en el catálogo aparece este grupo con el título *Crucifical*) solamente diré que el Pretor recuerda algo el pintado por Munkacsy en el famoso lienzo *Cristo ante Pilatos*. Tengo por cierto, pues á Susillo le sobran inspiración y originalidad para crear, que para nada habrá tenido en cuenta la dicha figura que trazó el célebre pintor húngaro; mas, á pesar de eso, existe cierta coincidencia en la interpretación que del tipo de Pilatos hicieron ambos artistas. Con todo, me parece más acertado Susillo en esta figura que en la del energúmeno que pide la muerte de Jesús.

De las dos obras que ha enviado Vallmitjana Abarca, la que llama la atención es el grupo en yeso que representa una *Leona con sus cachorros*. Vallmitjana «siente» este género, aquí muy poco cultivado, como ningún otro escultor español. El citado grupo tiene trozos muy bellos. Especialmente el dorso y la cabeza de la leona y el cachorro que intenta mamar están ejecutados con gran conocimiento de la verdad. Además, la agrupación es muy bonita y el conjunto de la obra muy armónico. Como decorativo es ese grupo una obra digna de aprecio, y creo que no será tiempo perdido el que haya empleado el Sr. Vallmitjana en modelar con tanto cariño y con tanta sencillez el grupo á que me refiero.

Entre cualquiera de los cachorros de león de que hablo y el *San Jerónimo* que también ha remitido el escultor catalán, prefiero uno de los primeros. Y conste que sabe dibujar el Sr. Vallmitjana.

R. Balsa de la Vega



SEMBLANZA

Alarcón tenía una cabeza y una fisonomía de esas que vistas por primera vez hay que mirarlas repetidas veces. Antes de saber quién era, le vi una noche en el teatro Español, sentado, durante un entreacto, en una localidad que entonces había delante y algo más baja que los palcos bajos, llamada *balconcillo*; y mi primera impresión fué suponer que era un africano vestido á la europea. Pelo oscuro y encrespado, frente vasta y pensadora, cejas prominentes, que servían como de doseletes á dos ojos entre negros y garzos, de mirada investigadora y profunda, barba rala todavía, y todo esto sobre el fondo de una tez morena, amarillenta, enteramente marroquí y destacándose sobre unos hombros altos y un cuerpo fornido: tal era Pedro Alarcón. Mirábale yo, y no le comprendía sentado en un teatro de Europa, sino entre los arenales de un desierto del Mogreb ó del Egipto, envuelto en blanco albornoz para resguardarse del sol ardiente ó de la nocturna escarcha, montado en un caballo de corta alzada, descarnados remos, hocico achatado, mirada salvaje; cantando ó pensando los siguientes versos:

«Cuando la luz de la luna
el horizonte ilumina,
tercio mi fiel carabina
sobre mi ardiente corcel.
Y á la sombra de un esfinge
de las tumbas de los reyes,
dicto orgulloso mis leyes
al creyente y al infiel.»

Aproximóse Narciso Serra á mi butaca, frente á la que estaba en pie, de espaldas al escenario, y le pregunté:

— ¿Conoces á aquel que está asomado al antepecho del balconcillo?

— Sí, me contestó, es Perico Alarcón.

— ¿El autor de *El final de Norma*?

— Sí.

Aumentóse entonces mi sorpresa. ¿Cómo aquel africano había concebido una novela tan genuinamente europea?

Alarcón y yo nos tratamos desde aquella noche, y posteriormente nos hicimos bastante amigos. Me contó sus impresiones de provinciano que aún no ha visto la corte. Esta no ejerció en él influjo atraente, como en otros jóvenes de provincia. Vivía tranquilamente en Granada, leía con curiosidad la prensa madrileña y oía con interés relatos de la vida cortesana; pero aunque suponiendo que alguna vez podría venir á Madrid, no hizo esfuerzo alguno para adelantar la ocasión. No conocía esta frase de Stendhal: «Cerca ó lejos, consciente ó inconscientemente, las inteligencias superiores afluyen á París, como los ríos al Océano: alguien ó algo se encarga de llevarles al *Pandemonium*, donde perecen tantos y se salvan tan pocos.»

Pues bien: una alguien se encargó inconscientemente de traer á Pedro Alarcón á Madrid, ó por lo menos de anticipar su venida. Vió á una joven en la calle y se enamoró de ella. Era una madrileña que estaba temporalmente en Granada; pero que para bien

ó mal de aquél, adoptó la costumbre andaluza y *salió á la reja*, como allí se dice. De seguro lo hizo por curiosidad ó por seguir los usos del país, porque

la figura de Alarcón no era para impresionar á ninguna mujer. Hízome éste el retrato oral de su primer amor *por lo fino*, según él decía: «Era joven, casi pequeña, casi rubia y casi picaresca: blanca como Sierra-Nevada en invierno, y tan delgada, tan sumamente delgada que parecía que aquel cuerpo servía sólo de pretexto para contener un alma.» Y yo, por esta semblanza supongo que Alarcón se prendó de ella por la ley de los contrastes; pues los había grandes entre aquélla y éste, y deduzco también que si ella toleró la fealdad de su enamorado, debióse al ímpetu, al ingenio y al colorido con que la expresaría su amor; pues la palabra de Alarcón fué siempre chispeante y atractiva. A las cinco ó seis noches de pelar la pava, la madrileña dijo á aquél que ella y su hermano regresaban al día siguiente á Madrid por motivo de un asunto imprevisto de familia; como así fué, quedándose Alarcón en la primera miel de su enamoramiento, que era más que mero entretenimiento ó capricho, puesto que le hizo venir á la corte á disgusto de su familia. Sin embargo, no vino como Zorrilla y tantos otros, á lo bohemio, sino con algún dinero y decente equipaje. La iniciación bohemia está casi exclusivamente reservada á los poetas, y Alarcón no lo era, aunque hacía versos. La madrileña habíale dejado las señas de su casa en Madrid, y dos horas después de llegar el joven provinciano á la villa y corte en el tren de Andalucía, ya estaba paseando la calle de su amada, que era la de las Rejas, con la esperanza de que ella le viese. Vióle, en efecto; salió un momento á la reja, pues también en Madrid vivía un piso bajo; hablaron brevemente, y á ruegos de Alarcón quedaron citados para pelar la pava á las once de la noche. En esta primera entrevista díjole ella que la *pava* en Madrid era un animal casi exótico y que por lo tanto buscarse medio de ser presentado á su hermano, que estaba empleado en el ministerio de Estado. Tres días después Alarcón tuvo que guardar cama, por consecuencia de una indisposición leve; restablecióse en cinco ó seis días, salió de su casa de noche, de miedo al calor, que era de mediados de julio, y entróse por la calle de las Rejas, ansioso de ver á su adorado tormento. La calle de las Rejas es corta y está poco alumbrada, pero aquella noche destacábase en su comedio un vivo resplandor, precisamente en frente de la casa de la madrileña: «tendrán tertulia ó acaso baile,» pensó Alarcón. Al irse aproximando vió que, en efecto, la claridad salía por una reja de la morada de su amada: acercóse con precaución para no ser visto desde dentro, llegó á la reja, y á no agarrarse á ésta hubiera caído de espaldas, á consecuencia de ver un ataúd entre cuatro blandones, y en él, dando cara á la calle, á la joven madrileña, muerta y vestida con hábito del Carmen.

Con tan malos auspicios entró en Madrid el joven provinciano. Sin embargo, no se halló nunca en estrechez extrema. Antes de acabársele el peculio de la familia, que era linajuda y acomodada, empezó á ganar dinero con sus producciones literarias, que tuvieron mucha aceptación. Así pues, Alarcón en la primera etapa de Madrid no sufrió contrariedades materiales; mas sí á consecuencia de su carácter sucedióle lo que á Carlos Rubio: crefáse poco simpático á las mujeres, á las que era sumamente aficionado, y como entonces no tenía notoriedad que le compensase del desvío de éstas, agriósele su mal carácter, que empezaba á tener visos de hostilidad hacia la sociedad. Tal vez en este primer período de exasperación adquirió el vicio que le dominó la mayor parte de su vida, y de que me ocuparé más adelante. Dió una producción al teatro, que no tuvo éxito, y desde entonces renunció á la dramática, no pareciéndose en esto á otros escritores que *insisten* inútilmente. Su libro de la guerra de África, el más popu-

lar tal vez que se ha publicado en España, puso el sello á su reputación literaria. Con la reputación vino la holgura y hasta el amor. Una señora distinguida, aunque algo extraviada, puso su cariño en Alarcón; adquirió éste relaciones valiosas; fué admitido en grandes casas, entre ellas la de la duquesa Ángela Medinaceli, y en resolución el joven escritor adquirió pronto los lauros de la edad madura. Su mal carácter se modificó con estas satisfacciones, y Alarcón hubiera sido un hombre correcto, á no estar dominado por el vicio de la bebida. Embriagado, hacíase más insoportable que casi todos los borrachos, que suelen serlo mucho, y excitábanse en él todas sus malas pasiones, refrenadas por la cultura é inteligencia: según él mismo decía en sus períodos lúcidos, llevaba dentro de sí á Arimanes y Omazor, y estos dos genios persas, del mal y del bien, reñían en su espíritu continuas batallas. «Cuando me veáis dominado por Arimanes — nos decía Alarcón, — huid de mí, pues soy una bestia que sólo sirvo para hacer mal.» A pesar de estas advertencias, como la embriaguez invade gradualmente, á veces no podíamos sortearle, y nos hacía escenas desagradables. Como muestra voy á referir una de la que sólo quedamos dos actores supervivientes, Manuel del Palacio y yo. Una noche cenábamos éste, Adelardo Ayala, Eduardo Inza, Alarcón y yo en un colmado que había en la calle del Príncipe, esquina á la de la Visitación. Habíamos comido bien y bebido mucho; por supuesto, sobreesaliendo en esto último, según costumbre, Alarcón é Inza. Por si algún lector le desconoce, citaré un apólogo de la India oriental que marca los diferentes estados de la embriaguez, y es el siguiente: «Cuando Brahma plantó la vid, rególa con sangre de un papagayo, de un mono, de un león y de un cerdo.» Pues bien: en nuestra cena, Inza estaba en el período del papagayo y hablaba por los codos, y Alarcón, que hallábase en el de la acometividad, ó sea del león, levantóse de repente, y dando un tremendo puñetazo al parlanchín, exclamó: «¡Calla, que me mareas y no dices más que necedades!» Inza, que era débil y sensible, echóse á llorar, y Ayala sacudiendo la modorra, pues ya estaba casi en el período del cerdo, indignóse de la agresión injusta de Alarcón, cogió á éste por un brazo, apretándosele con fuerza, y le dijo: «¡Oye tú, africano, alpujarreño, mala sangre!, aquí no estamos para sufrir brutalidades: ahora mismo vas á pedir perdón á Eduardo!» «¡Es Arimanes, Arimanes que me está bullendo en el cuerpo!» exclamó Alarcón. Momentos antes habíase asomado á la pieza en donde estábamos el brigadier Miláns del Bosch, que á todos nos conocía, y encarándose con Alarcón, después de llenarle de improperios, obligó á éste á que hiciera un acto de contrición y diera la mano á Inza.

Algunos meses antes ya había yo presenciado otro ejemplar de la *chispa* de Alarcón, que tuvo su parte graciosa. Fuimos él y yo á una corrida de toros en Aranjuez, bebió algunas copas de aguardiente durante los *arrastres*, salió de la plaza algo excitado, y cuando atravesábamos la de Palacio trabóse de palabras y luego de obras con un chulo madrileño, aún más excitado. Alarcón era más fuerte, y de algunos puñetazos le derribó al suelo; y cuando íbamos á intervenir en la contienda varios transeuntes y yo, vimos que Alarcón ayudaba á levantarse á su contrincante y le limpiaba el polvo que tenía en el traje y la sangre que le salía de la nariz; pero no pudimos privar que después de tenerle limpio y aseado volviese á darle una tremenda bofetada, derribándole al suelo por segunda vez.

No obstante estos excesos, ó más bien por causa de ellos, preciso es convenir en que Alarcón tuvo mucha fuerza de voluntad para resistir á su vicio culminante, pues durante largos espacios de tiempo siempre se le veía sereno y correcto. Sin embargo, se eclipsaba por dos ó tres días, de vez en cuando, y entonces no faltaba algún chusco que solía decir: «Por fin Alarcón se decide á una segunda tentativa

teatral: hace días que está en cama escribiendo un drama, que según tengo entendido se titulará *El delirio Traumático*. Por lo que se deduce, el vicio aligido de Alarcón era como el río Guadiana, que corre á intervalos subterráneamente, ó como la línea filamentosa que crece debajo de la tierra, asomándose alguna vez á la superficie.

Alarcón era muy impetuoso en amores; pero asunto es este que no puede mencionarse. Le entusiasmaba la música: Bellini era su maestro predilecto, y solía decir: «Bellini es el poeta de la música, así como Espronceda es el músico de la poesía.» Vivió siempre decorosamente, en buenos pupilajes y en una *garçonerie*, como dicen los franceses, que tuvo en la Red de San Luis. Su vida privada ofrece poco saliente. No le gustaban los gatos, pero siempre tenía tres ó cuatro por miedo nervioso á los ratones. Escribía mucho y de prisa, aunque no podía estar sentado mucho tiempo: á cada cuatro ó cinco cuartillas que llenaba, se levantaba y paseaba por su habitación, porque según él decía: «Es preciso que las ideas bajen á las piernas, para que dejen desocupada la cabeza.» Así escribiendo y paseando tejió su notable labor literaria. En política y en religión fué el reverso de Víctor Hugo. Éste en su primera juventud era realista y católico, y con el transcurso de los años se hizo demócrata y deista: Alarcón, por el contrario, no obstante la noble partícula de su apellido, tuvo arranques juveniles de republicanismo popular, y en religión indiferencia rayana con el ateísmo; pero después, conforme fué adquiriendo posición social, á ejemplo de tantos otros, concluyó por ser monárquico y creyente.

Sin embargo, siempre siguió teniendo ideas excéntricas respecto á la sociedad. Decía: «El que las mujeres se adornen con diamantes, que no necesitan, habiendo tantas flores en los campos; el que los magnates coman con vajilla de metales preciosos; el que se acuñe moneda de oro ó plata, no justifica el crimen social de tener á tantos hombres trabajando en las minas, acortándoles la vida y privándoles de su derecho al sol.»

La frase «El Dios de los ejércitos» le sonaba mal; pues, según él, cómo es posible que Dios se erija en lugarteniente de masas de hombres que se matan unos á otros? Y cuando se le hacía observar que la destrucción es una de las leyes del mundo, y que los animales se comen entre sí y nosotros á los animales, él replicaba: «Es cierto; pero nosotros no los hemos creado, no son hechura nuestra.»

No obstante su carácter altanero, nunca fué presuntuoso en literatura. Se retrajo de la poesía lírica, no bien se convenció de que le faltaba estro; desistió del teatro, porque carecía de la parte de oficio necesario para la escena, y se redujo al género literario, no preferido por él, sino en el que se creía competente. Durante una temporada le dió por pasear por la Casa de Campo y casi siempre bordeando el estanque: á mí me parece que Alarcón tuvo conatos de suicida.

Célebre ya, académico de la Lengua y en posición, se casó, y algún tiempo después se estableció en el pueblo de Ciempozuelos. Le perdí de vista, pues venía poco á Madrid. En sus últimos años le encontré un amanecer en una chocolatería que había entonces en la calle del Arenal y que no se cerraba nunca. Le hallé muy envejecido, y aunque no tenía edad en extremo avanzada le temblaban las manos y balanceaba la cabeza como á los decrepitos. Fuimos á pasear al Retiro. Alarcón nunca había sido expansivo, ni en su juventud, ni en sus borracheras, como suelen serlo los borrachos; así es que aquella mañana me sorprendió su locuacidad comunicativa: creo que me dijo lo que no había dicho á nadie en toda su vida; no sé si por causa de no haberlo pensado hasta entonces. Me hablaba en voz baja, embarullando ideas; más bien que conversación fué un monólogo. «Mira, me dijo: he llegado á la meta, según tú dices: he dado productos á la naturaleza y producciones al pensamiento. Tengo familia, y sin embargo me siento solitario por dentro. He sido un salvaje que he vivido en la civilización, pero nunca me la he asimilado. ¿Sabes lo que yo hubiera querido ser? Pues guarda de campo en la falda de la Alpujarra; pero no lo he sido porque no puedo vivir sin mujer que me quiera. Ha podido haber alguna tan distinguida que prescindiendo de mi figura me quisiese por el talento que dicen que tengo; pero cómo seguirme á mis soledades? Yo valgo para marido, mas no para amante.» Dicho esto, poco más ó menos, Alarcón, variando de tema por medio de una transición mental, prosiguió diciendo: «El estudio de la astronomía me ha disgustado de todo, hasta de la familia, de las letras, de la música, hasta de la mujer; no puedo resignarme al momento presente del hombre. El cálculo de las distancias astronómicas me marea. Nuestro planeta es pequeño, nuestra creencia nos daba soluciones para la vida y

para la muerte; pero yo cómo creer en nada, cómo dar importancia al progreso que se efectúa en un átomo, cómo no suponer partícula de este átomo á toda cosa y á todo hombre, bien sea yo ó bien el emperador de Rusia?»

Alarcón divagaba aquella mañana; lo achaqué á debilidad cerebral de la vejez; pero después supe que podía haber otra causa congénita y predisponente. Como los extremos de las edades se tocan, Alarcón en sus postrimerías habíase entregado á su vicio dominante, no contenido ya por ningún respeto. Se embriagaba, haciendo cómplices hasta á sus criados; pasaba por todas las fases del apólogo indio antes citado, y su familia le recogía del suelo como á un diamante pisoteado cuyas facetas están pulverizadas.

Alarcón fué en suma semejante á una vid, tan llena de savia, que aun roída por la filoxera produce opimos y sabrosos racimos.

F. MORENO GODINO

GOLPE AL PARCHE

(EPISODIO DE 1835)

A pesar de los muchos años que van transcurridos, uno de los recuerdos más vivos que conservo de aquella memorable campaña es el del tambor de la 4.^a del 2.^o batallón del regimiento de infantería de la Princesa, que era en el que yo servía.

Como travieso, lo era, que ni mandado hacer de encargo. Lo desmedrado de aquella personilla, en que nadie hubiera adivinado los catorce años muy corridos que ya contaba, parecía decir que todas las fuerzas que debieron emplearse en desarrollar la parte física del individuo se habían consumido en dotar pródigamente de malicias y truhanerías su cerebriño, que no por ser poco mayor que el de un pájaro, tenía menos viva comprensión que el de esos sesudos varones que para darnos á entender cuánto era su meollo, nos pintan con unas cabezotas tamañas como bolas de barandal de puente.

Fealdad, eso sí, no le faltaba; pero en honor de la verdad debo confesar que aun con lo desproporcionado de sus facciones y con el empedrado que había formado en su cutis tostado y lijoso una cruenta fiebre variolosa, aquella fealdad, lejos de ser repulsiva, atraía y se hacía simpática por extremo, como si lo tosco del vaso no fuera bastante á ocultar la delicadeza de la esencia que contenía.

Esto de la delicadeza no pasa de ser una licencia que se toma la pluma; pues si he de ser franco, maldito de Dios lo que había de delicado ni en lo externo ni en lo interno del *guaja*, que era como, por antonomasia, se conocía en todo el batallón á Ramón González, ó sea el protagonista de mi cuento.

Ni había uniforme más astroso y mugriento en todo el ejército leal, ni se conocía conciencia menos escrupulosa que la suya para hacer desaparecer entre los parches del tambor la mejor gallina del corral de la casa en que caía alojado. En cambio, ni en todo lo que no fuera cuestión de aseo había soldado tan fiel cumplidor de sus deberes, ni á largueza y generosidad cedía á nadie. Bastaba que supiese que la mesa de su capitán ó de cualquier oficial no estaba tan bien provista como el decoro exigía, para que él se apresurara á ceder su mejor presa, dándose por pagado con que se le abandonara la colilla de un cigarro, que por áspera é incombustible que fuera, le parecía más sabrosa que el mejor sazonado de los manjares.

Sin embargo, desde hacía algún tiempo todas las habilidades del tambor de la 4.^a eran inútiles. Llevábamos unos meses en que si es cierto que muchos santos están en el cielo sólo por virtud del ayuno, el regimiento entero caminaba á la bienaventuranza á pasos agigantados.

La intendencia militar parecía haberse olvidado de nosotros; los pueblos que recorríamos sin descanso, adictos á la causa del Pretendiente, se daban la mejor maña del mundo para ocultar sus víveres apenas nos divisaban, y por si esto no fuera bastante se acababan de dictar las más severas órdenes para atajar las rapiñas, punto menos que inevitables en un ejército, sobre todo cuando éste está tan mal vituallado como nosotros lo estábamos.

Nada menos que á ser pasado por las armas se condenaba al que fuera cogido infraganti apoderándose de objeto alguno, así no tuviera éste más valor que el de una pieza de dos cuartos.

Nuestros hombres, más que soldados aguerridos y curtidos por la fatiga, parecían sombras decaídas y macilentas, y hasta los oficiales contemplábamos con ojos de codicia la rancia corteza de tocino que, ocultándose de las miradas de todos, devoraba en un rincón algún individuo de la clase de tropa.

Hasta el tambor de la 4.^a había perdido su jovia-

lidad habitual. Sobre todo, cuando veía al asistente de su capitán condimentando para su amo un potaje de alubias más duras que cantos y sin otra grasa que un poco de aceite que á las veces habría ya prestado sus servicios en el candil, giraba sobre sus talones para no dejar ver una lágrima como una avellana que rodaba por sus ásperas y nada limpias mejillas.

Un día se armó una trapatiesta de dos mil demonios. Nuestro coronel estaba que echaba chispas.

A él, que tenía á orgullo mandar el regimiento más moralizado de todo el ejército, se le acababa de denunciar un robo llevado á cabo por uno de sus soldados. Una redomada viejecilla, que por no dar una mala corteza á sus alojados, había jurado y perjurado no tener en su casa ni una migaja de pan, decía y hasta probaba que le había sido sustraído un lechoncillo vivo, gordo como un rollo de manteca y tan sano y medrado que prometía hacerse el cochino más perfecto que de las manos del Creador saliera desde los principios del mundo.

Quién fuera el ladrón, no se sabía; pero como las sospechas recaían sobre la 4.^a del 2.^o, el coronel llamó á nuestro capitán, y entre un diluvio de votos y una granizada de ternos, le amenazó con que si antes de las veinticuatro horas no parecía el culpable, no había de quedar á la compañía hombre para contarle.

Decir esto el jefe y comerse el capitán la partida, todo fué uno. Que la cosa no podía achacarse más que al tambor González, era para él más claro que la luz del día; pero como no ignoraba la suerte que esperaba al chicuelo de descubrirse el hurto, se contentó con echarle la filípica más espantosa que de labios humanos saliera nunca, tengo para mí que más que con el objeto de buscar la enmienda, con el de hacer que el *guaja* tomara sus precauciones para no ser descubierto por quien no hubiera dejado las cosas en el punto en que el capitán las dejaba.

Sin embargo, por dar más fuerza á sus razones, no se olvidó de largar, como fin y remate de su discurso, un par de puntapiés al mozo, mientras le decía:

— Cuidate de escapar de esta; que como en otra te metas, te juro que tu fin ha de ser el que alcanzan siempre los granujas de tu especie.

Probable es que el coronel no se hubiese contentado con tan poco, si un repentino incidente no hubiese cambiado la faz de los sucesos.

Cuando menos se esperaba, una gruesa columna facciosa cayó sobre el pueblo que ocupábamos con el fin de copar nuestro regimiento; y como las órdenes que teníamos nos prohibían aceptar acción alguna, se dispuso una inmediata retirada.

Esta se operó sin que nosotros disparáramos un tiro; pero no sin que nos costaran algunas bajas los disparos del enemigo, que nos perseguía de cerca.

Ya, sin embargo, nos creíamos fuera del alcance de las balas de los carlistas, cuando de pronto el *guaja*, que caminaba en su calidad de tambor de órdenes al lado de nuestro capitán y con la caja á la espalda, cayó á tierra. Un balazo, alcanzando la mitad del parche, arrancó al propio tiempo un redoble seco y una especie de sordo gemido.

La herida, por el sitio por donde debía haber penetrado el proyectil, tenía que ser mortal de necesidad, y la sangre que en abundancia tenía la tierra anunciaba que el tiro no se había perdido.

El capitán se inclinó hacia el suelo, lleno de interés; pero con gran sorpresa vió que el tamborcillo se levantaba ligero como una corza y sonriente como si nada hubiera pasado.

— ¿No estás herido?, preguntó con asombro.

— El muerto es otro, respondió el tambor mostrando por entre las desgarraduras del parche al lechoncillo, en cuya espesa capa de grasa se había embotado la bala. Ahora ya tengo seguridad de que no me delatará con sus gruñidos.

El pueblo en que nos detuvimos era tan inhospitalario para nosotros como el que dejábamos á nuestra espalda, y la mayor parte de nuestra fuerza tuvo que resignarse á ayunar por aquella noche.

Sólo nuestro capitán y un par de oficiales á quienes había invitado pudimos regalarnos con la sabrosa carne de un tostoncillo que casi todos ignoraban de dónde hubiera salido.

Cuando hubimos terminado la cena, el capitán, dirigiéndose al tamborcillo, que aguardaba en un rincón que le abandonáramos los restos del festín, exclamó:

— Excuso decirte que por mi parte quedas perdonado.

— Gracias, contestó humildemente el chicuelo. Ya ve mi capitán que en la guerra no siempre conviene pasarse de honrado. Sin el pecadillo que tan caro ha podido costarme, ni mi capitán hubiera cenado tan á su sabor, ni yo estaría ahora aquí esperando echarle un puntalillo al estómago.

ANGEL R. CHAVES



Divettes españolas en los cafés conciertos de París. — 1 y 2. Lola y María Bernal (Las estrellas de Andalucía). — 3. La Morena. — 4. Milagrito Gorgé. — 5. La bella Otero. Composición y dibujo de S. Azpiazu

CRÓNICA PARIENSE

TEATROS CONCIERTOS Y CAFÉS CANTANTES

Saliéndose de los límites que le marca el calendario, Su Majestad el Invierno ha ampliado esta vez el tiempo de su dominio, en detrimento del otoño y de la primavera.

A intervalos ha imitado á esos personajes que en las comedias hacen que se van y vuelven; y durante su falsa retirada, los que se pirran por sacar las modas han salido por estas calles de Dios con sombreros de paja y con trajes de entretiempo.

Pero los parisienses avisados, que saben á qué atenerse en materia climatológica, se han limitado á suspender momentáneamente sus habituales tareas, para lanzarse al campo á tomar baños de sol, contes-

tando á los Aleluyas del período pascual con el oportuno proverbio: *Alegrías, antrujejo; que mañana volverá á ser ceniza.*

Han estado á punto de dejarse engañar por esos falsos mutis del invierno los empresarios de los cafés cantantes de verano, quienes dan órdenes y contraórdenes á su personal, según sube ó baja la temperatura. Si hace dos días de calor: aviso á cafeteros, acomodadores, músicos y cantantes para inaugurar tal día la temporada. Veinticuatro horas después cambia bruscamente el tiempo, y el viento frío y la lluvia vuelven á reinar con persistencia: nuevo aviso á todo el mundo para que nadie se moleste: la apertura queda indefinidamente aplazada.

Esas danzas y contradanzas no serían posibles, ó al menos resultarían muy costosas para los empresarios, si éstos no explotasen alternativamente los conciertos de invierno y los de verano con una misma compañía. Nuestro compatriota Sr. Oller, dueño de la Olympia y del Moulin-Rouge, explota el fantástico Jardín de París de los Campos Elíseos, durante la clóture del espléndido teatro del Boulevard des Capucines. Marchand dirige en invierno las Folies Bergere, Scala y Eldorado, y en verano el Alcazar d'Été y los Ambassadeurs. Debasta, dueño de Parisiana, traslada en la primavera al Horloge el personal que ha trabajado en invierno en el Boulevard Poissonnière.

La temporada que fine ha sido particularmente fecunda en género español. Hace dos años, todo era

aquí á la rusa. Actualmente, el arte moscovita no está representado más que por una compañía que ejecuta en la Olympia cantos y bailes cosacos en extremo curiosos. Durante todo el invierno la música y la danza españolas han privado en los conciertos de París; y desde el grado más sublime á que se ha elevado Sarasate tocando el violín en la Sala Herard y en el Chatelet, hasta el ínfimo grado en que rasgúan sus instrumentos los guitarristas anónimos de las estudiantinas tabernarias; desde las vocalizaciones prodigiosas con que Milagrito Gorgé ha entusiasmado al público en Folies Bergere, Eldorado y la Scala, hasta los jipios con que Lola Lucena ha alborotado en la Olympia; desde los graciosos trenzados con que Rosita Mauri triunfa en la Opera hasta los puntapiés que dirige al público de Folies Bergere la bella Otero, toda la escala del arte español ha tenido su representación en las escenas parisienses.

Mi compañero Azpiazu, que fiel á la proverbial galantería española, rinde artístico culto al bello sexo, ha reunido, en elegante ramillete, los retratos de algunas de las mujeres que han representado durante el invierno que termina los diferentes géneros del arte musical y coreográfico de nuestra tierra.

Ahí está Milagrito Gorgé, la última en edad y primera en mérito, cuyo nombre parece simbolizar las prodigiosas facultades que reúne para el bel canto. Toda su cara vivaracha respira inteligencia; y yo no le reprocho más vicio que el de echarse á perder con blanquete y carmín el hermoso cutis moreno mate con que la ha favorecido el bello sol de su patria. Milagrito nació en Alicante, donde al cabo de pocos estudios llegó á la altura que artistas de gran renombre no han alcanzado sino después de largos años de ejercicio. Todo en ella es naturalidad é intuición, y su voz, cuya extensión abarca

desde el sol grave hasta el fa sobreagudo, se deja oír con gran pureza en todos los registros. Su garganta privilegiada no encuentra dificultad alguna para la ejecución de piezas de tanta agilidad como el aria de Rosina en El Barbero, el rondó de La Sonámbula y el vals de la sombra de Dinorah. Su fama se ha extendido rápidamente por toda Europa, pues después de haber cantado en los principales teatros de España y Portugal y recorrido la Alemania, ha justificado en París el sobrenombre de Nueva Patti con que se la conoce en el mundo musical.

En el ramillete de Azpiazu figuran dos representantes del género flamenco puro: María y Lola Bernal, llamadas Las estrellas de Andalucía, que han dado en la Olympia y en el Moulin-Rouge gallarda muestra de lo que saben hacer en canto fondo y en baile andaluz las sevillanas de pistó. La Morena, cuyo retrato aparece en la colección, es una barbiana que da el opio bailando jerezanas por lo fino y jotas por todo lo alto en Parisiana. Y ahí tienen ustedes, en fin, la vera efigie de la bella Otero, como á sí misma se llama, con más inmodestia que propiedad, esa afortunada gallega, que desnaturalizando el canto y el baile españoles en la escena de Folies Bergere ha obtenido de Apolo y de Terpsícore un pasaporte de artista con que disimular su condición de mujer galante en sus frecuentes viajes á Citerrea.

No mentaré á los demás españoles de ambos sexos que han contribuido á popularizar nuestro arte en París durante el invierno, porque la lista es interminable. No hay teatro concierto, ni café cantante, ni cervecería artística que no haya tenido una diva, una pareja de baile, una compañía flamenca ó una orquesta de guitarras y bandurrias ejecutando género español.

Si yo fuese casado y tuviera hijos, escribiría mis Memorias para orgullo y solaz de mi prole, ya que el público no había de leerlas; y en estas Memorias habría un capítulo titulado: De cómo fué autor y director de baile. En él contaría que hallándome una noche en la Olympia, me lamentaba, como español, de que se presentase de un modo antiestético una numerosa compañía que tocaba, cantaba y bailaba aires de nuestra tierra, cuando el dueño del teatro, que oyó



En el «Jardín de París», dibujo de S. Azpiazu

mi observación, díjome que, cansado de amonestar al capitán de aquella tropa, que repetía lo mismo hacía treinta noches, iba á ponerlos irremisiblemente á todos en la calle antes de cuarenta y ocho horas si al día siguiente no daban novedad al espectáculo.

—Será una lástima, dije yo, porque hay en esa compañía elementos bastantes para presentar un buen cuadro de costumbres populares españolas.

—Es verdad, pero su director no sabe sacar partido de esa gente, y ya me tienen apurada la paciencia.

—¿Por qué no se les impone el director de escena?

—No halla medio de entenderse con el capitán, que no habla una palabra de francés.

—Hágales usted representar un baile pantomima.

—No hay quien pueda con ellos.

Ocurriéndosele de pronto una idea, me dijo el empresario:

—¿Se siente usted capaz de hacerles representar algo nuevo?

—¿Por qué no?

—Pues vamos ahora mismo al escenario.

Y me condujo por una puerta de escape al foyer de los artistas, donde llamó al director de escena para enterarle de mis propósitos y al capitán de la tropa para que se pusiera á mis órdenes.

Este capitán era el famoso Chivo, padre de la Soledad, de ruidosa memoria, que se escapó con un príncipe ruso durante la Exposición de 1889, donde trabajaba aquél con su compañía de canto y baile.

Vino el Chivo al día siguiente á mi casa, y teniendo en cuenta los informes que me daba acerca de las aptitudes de su personal, tracé el argumento de un baile en que se desarrollaban unas cuantas escenas de la vida popular de España.

Envié el libro (sin firma) al director del teatro, y no volví á la Olympia hasta que ya creí que se estaba representando mi obra. Pero grande fué mi sorpresa al enterarme de que me esperaban para ensayarla. En vano objeté que de ello incumbía al director de escena; tuve que rendirme y dirigir los ensayos. Pasé las de Caín para lograr que se moviesen aquellos guitarristas y cantaores que tenían la costumbre de trabajar sentados en semicírculo, y para poner de acuerdo á las bailarinas, cada una de las cuales se consideraba de superior categoría que las demás. Como yo tenía pocos días disponibles, hubo tarde en que les hice ensayar tres veces consecutivas. Media hora antes del estreno, estando yo en el cuarto del personal masculino, ocupado en ver si algo faltaba en trajes ó accesorios, vino el Chivo consternado á decirme que la Julia Recio, primera bailarina, no quería vestirse si no le dejaban bailar sola el vito, después de las sevillanas que le correspondía bailar con la Lola Gómez, otra primera bailarina.

—Si ozté no la convense, no la convense naide. Vaya ozté, zeñó; en zinó, ezto ez el acabóze.

—¿Dónde tiene el cuarto?

—Mezmito debajo deste, en el entrezuelo. La zaztra ze lo enseñará.

Efectivamente, la costurera me indicó el cuarto de la Recio. Dí en la puerta con los nudillos...

—¡Entrez!, gritó dentro una voz femenina.

Abrió y me detuve en el umbral, vagamente avergonzado en presencia de cuatro ó cinco mujeres á á medio vestir — y aún añadido ropa. — La Julia vino á parlamento, sin más traje que la malla interior, cruzándose las manos sobre el pecho; manos que para cubrir el busto resultaban muy pequeñas. En menos de un minuto vinimos á un acuerdo. Prometle el solo que quería, y se apresuró á vestirse.

Dí el aviso necesario al director de orquesta, y la caprichosa niña bailó el vito, por cierto con muchísima gracia, acompañado por la banda de guitarras y bandurrias y coreado y jaleado por toda la tropa.

La representación anduvo menos mal de lo que yo temía. El público quedó satisfecho. La compañía renovó su contrata con la empresa, y el baile siguió representándose con aplauso hasta la expiración de la ríconferma.

Pero dejemos al boulevard con sus elegantes coliseos y sigamos á los desocupados que se encaminan, entre las ocho y media y nueve de la noche, hacia los Campos Elíseos. Apenas se dobla la esquina de la rue Royale, saliendo á la plaza de la Concordia, cuando aparecen raudales de luz por entre la espesura de los árboles. Los amantes del aire libre y del bello sexo tienen un enjambre de mujeres bonitas á quienes galantear en aquel pequeño Paraíso. Los aficionados á los conciertos populares se meten en los alcázares que allí tiene abiertos la canción.

Ya sabéis lo que son esos cafés cantantes. Hace veinte años no había en París más que los que aún existen en los Campos Elíseos. Ahora los hay á centenares. Antes aparecía en un pequeño escenario, iluminado con profusión de candilejas, una docena de mujeres ricamente ataviadas, con mucha cola y mucho escote y expuestas como tapices de Persia en un semicírculo de sillas que cubrían el fondo del estrado. Hoy ha caído en desuso esa decoración femenina. Al pie del escenario, la orquesta; detrás de la orquesta, un cobertizo abierto por los lados y cerrado en el fondo por un café. Apretadas hileras de sillones incómodos en el centro y de cara al teatro. Filas de bancos ó sillas laterales. En los respaldos, rebordes de hierro para los recipientes de las bebidas. Un público compuesto de burgueses, comerciantes, industriales, algunos obreros, familias enteras de juerga extraordinaria, algunos provinciales y muchos extranjeros. Oyense idiomas de todo el orbe. La entrada es libre y el asiento también, pero el consumo es forzoso; y un café con achicorias ó un jarabe de 15 céntimos cuestan 4 francos en los sillones reservados, 3 en los sillones libres y 1'50 en los bancos laterales. Así se comprende que las empresas realicen algunas noches 10 y 12.000 francos de beneficio.

Deslízase por dos correderas, en el mar-

co del escenario, una tablita con el nombre del artista y á veces con el título de la pieza que éste va á cantar. Las canciones, por regla general, son del peor gusto, y su interpretación suele ser grotesca. Pero al público le gusta el género, y aplaude los puntapiés, los movimientos de hombros y de caderas, los visajes descompuestos y los manoteos ridículos con que los cómicos acentúan las pretendidas sutilezas ó las obscenidades de las canciones. Para ser maestro en el arte, hay que saber imitar á todos los animales de la creación. El astro de la compañía, el que aparece retratado en el cartel, el que sirve de cebo para atraer al público, ladra como un perro, muge lo mismo que un buey, cacarea como el gallo y la gallina, rebuzna mejor que un burro, silba como un mirlo y llora como un becerro. Y el público estalla en risas á cada mamarrachada, y en aplausos al final de la canción, cuya última estrofa le obliga á repetir.

Luego, circula por la sala un vendedor de papeles voceando: 150 céntimos, *La solitaria*, última creación de Fulano de Tal!

Llégale el turno á la estrella de la casa, que espeta con voz estridente y ademanes groseros una canción capaz de avergonzar á un granadero borracho. A esta indecencia sigue sin transición un canto patriótico, patéticamente entonado por un barítono flacucho ó por un tenor obeso, vestido de frac y corbata blanca.

Cinco ó seis cantantes hembras, con más descaro que voz; otros tantos artistas del sexo fuerte, que son para el oído lo que las cantáridas para la piel; una familia de titiriteros y dos parejas de cancanistas suelen llenar el resto del programa.

Justo es consignar que entre tantas cantantes de mal género, algunas salen buenas. Del café concierto proceden María Sass, Theresa y Judic, que han llegado á la perfección en el canto y la dicción musical.

Estos espectáculos tienen sus poetas y sus compositores, que conocen todas las delicias del éxito. Son una verdadera institución que ha adquirido el mayor desarrollo y ejerce extraordinaria influencia en la modificación de las costumbres. Cierto es que su repertorio execrable pervierte el gusto musical, pero mantiene al pueblo alejado de la taberna, del garito y de otros lugares donde antes se embrutece en el vicio.

El establecimiento que supera á todos los de la clase, debe su admirable organización al genio emprendedor de un catalán. El Sr. Oller, que ha creado en París el *Nuevo Circo*, las *Montañas rusas*, el *Moulin-Rouge* y la *Olympia*, de una magnificencia asombrosa, ha reunido en el *Jardín de París* de los Campos Elíseos los alicientes del teatro concierto y del salón de baile, los atractivos de la *kermesse* y de la feria, á fin de que todo el que penetra en su recinto halle á cada paso una distracción nueva y se sienta transportado á una región fantástica de encantos y delicias.

JUAN B. ENSEÑAT



Concierto en los «Ambassadeurs», dibujo de S. Azpiazu



Excmo. Sr. D. Salvador Martínez Cubells



D. Antonio Muñoz Degraín



Excmo. Sr. D. Alejandro Ferrant



D. José Moreno Carbonero



Excmo. Sr. D. Vicente Palmaroli



D. Julio González Pola



D. Aniceto Marinas



Excmo. Sr. D. Enrique Repullés Vargas



D. Aníbal Álvarez

INDIVIDUOS DEL JURADO DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES, que actualmente se celebra en Madrid
Los cinco primeros pertenecen á la *sección de Pintura*, los dos siguientes á la *sección de Escultura* y los dos últimos á la *sección de Arquitectura*



EN LA FUENTE, cuadro de R. López Cabrera

NUESTROS GRABADOS

José Yxart y Moragas.—Joven todavía, casi en la plenitud de la vida y cuando podía dar, quizás, los más sazonados frutos de su privilegiado ingenio, dejó de existir el 25 de mayo anterior en Tarragona, su ciudad natal, rodeado de sus



JOSÉ YXART Y MORAGAS,
fallecido en Tarragona el 25 de mayo de 1895
(de fotografía de Audouard)

ancianos padres y amantísimos hermanos, el que fué amigo muy querido y distinguido colaborador de esta revista D. José Yxart y Moragas.

Cierto es que en estos momentos, sometido nuestro espíritu bajo la penosa impresión producida por la pérdida irreparable del amigo sincero y consecuente, unido por estrechos vínculos de cariño con alguno de nuestros compañeros, desde infantil edad, sobreponese el sentimiento personal, íntimo, la afeción herida, á las consideraciones que se determinan de la desaparición de entre los vivos del ilustre escritor; pero sin abrigar el temor de incurrir en exageración, no titubeamos hoy en afirmar que las letras patrias están de luto, puesto que Yxart no es una gloria catalana, no se halla circunscrito su mérito á la región á que perteneció. Su nombre, como el de todos los grandes genios, ha tiempo que rebasó las fronteras, si límites pueden existir para las regiones que constituyen la nacionalidad, y la fama alcanzada entre sus compatriotas, el aplauso recogido en la patria chica fué confirmado y reconocido en el resto de España.

La personalidad de Yxart destaca de modo saliente en el cuadro que ofrece el movimiento literario y artístico en el último tercio de nuestro siglo. Yxart fué más que un campeón, fué un verdadero apóstol del movimiento moderno, puesto que penetrado de la significación y conceptos de nuestra época, rompió denodadamente con el rutinarismo, con los manoseados moldes literarios, y con ingenio y energías superiores á la fragilidad de su organismo logró formar una agrupación, pudo reunir á su alrededor á un número de escritores y artistas que compenetrados con sus ideales secundáronle en su patriótica empresa.

Sus estudios de crítica literaria y artística, reunidos en varios volúmenes que durante algún tiempo vieron la luz pública bajo el título de «El año pasado,» así como los innumerables artículos publicados en periódicos y revistas, y por último la valiosa colección, que constituye la Biblioteca de *Artes y Letras*, por él escogida y editada bajo su experta dirección, demuestran la valía de Yxart como crítico, como observador profundo, como escritor castizo, correcto y elegante, y su alteza de miras, inspirada siempre en amplios cuanto levantados ideales.

No tratamos hoy de trazar los rasgos que caracterizan á Yxart, pues aplazamos hacerlo con la detención que merece; hemos de limitarnos á rendir un cariñoso recuerdo al amigo querido, un testimonio de respetuosa consideración al que fué colaborador distinguido de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y unir nuestro sentimiento al que aflige á su familia, sobre la que rogamos derrame Dios raudales de cristiana resignación.

Buenos amigos, cuadro de Geza Peske.—Podrá calificarse de sencillo, de trivial el asunto de este cuadro; pero en materia de bellas artes sucede á menudo que un tema sin importancia puede llegar á tener gran valor artístico, según quien lo trate y cómo lo trate. La emoción estética no se produce únicamente con grandes composiciones inspiradas en hondos pensamientos; también se experimenta contemplando obras en el fondo insignificantes, sólo que para esto precisa que el pintor sea un consumado maestro y disponga de recursos que por la belleza de la forma suplan aquella deficiencia. Esa maestría la posee en alto grado el ilustre pintor húngaro Geza Peske, establecido en Munich, y nadie, al admirar su delicioso lienzo *Buenos amigos*, echará de menos en él esas cualidades de la gran pintura, sin las cuales se puede también conseguir el efecto apetecido por el artista.

Individuos del Jurado de la actual Exposición nacional de Bellas Artes.—Basta leer los nombres de los nueve jurados de la Exposición nacional de Bellas Artes que actualmente se celebra en Madrid, cuyos retratos publicamos en la página 391, para reconocer que ellos son la mejor garantía del espíritu de justicia que indudablemente presidirá en el fallo que en su día hayan de dictar. Cada uno de ellos ocupa lugar distinguido en el arte español contemporáneo,

y algunos han conquistado con su labor admirable universal renombre; criterio ha de sobrarles para juzgar la bondad de las obras expuestas y conceder las merecidas recompensas, y seguros estamos de que no ha de faltarles entereza para resistir á las intrigas, halagos y asechanzas de los que poco seguros de su propio valer apelen á toda clase de influencias para obtener un premio que satisfaga su vanidad, aunque, logrado en tales condiciones, no pueda ser patente de su mérito. Propio de humanos es errar; pero en lo que dentro de la falibilidad de los hombres cabe, esperamos y con nosotros esperan cuantos por el arte patrio se interesan, que el juicio que emitan artistas de tanta valía como los que el Jurado componen, se inspirará únicamente en los verdaderos ideales artísticos y no estará influido por condescendencias punibles ni por imposiciones intolerables.

Al comenzar la serie de retratos de los jurados que en el próximo número completaremos, felicitamos á los que han merecido el honor de ser designados por sus compañeros para tan elevado cargo, y felicitamos también por su acierto en la elección á los expositores que, como hemos dicho, tienen en el talento y en la justa reputación de aquéllos la más sólida garantía de la rectitud é imparcialidad con que han de proceder.

En la fuente, cuadro de R. López Cabrera.—Inspirado en una escena popular de la campiña romana, tiene este cuadro una riqueza de luz y una vida que hacen sumamente grata su contemplación. Merece además elogios el lienzo de nuestro distinguido compatriota por su composición y su factura: las figuras de las jóvenes, bien agrupadas y dibujadas con naturalidad y soltura, tienen verdadero carácter y revelan ser copia, no del modelo del taller, sino de las campesinas de los alrededores de Roma; el frondoso emparrado á cuya sombra platican aquéllas, mientras llenan ó esperan llenar sus cántaros en el artístico pozo, está trazado con gran habilidad, y la escena en conjunto, con ser reproducción de la realidad, resulta altamente poética y revela un alma de artista de buena cepa, que siente y domina todos los recursos del arte.

¡Gloria á los mártires del «Reina Regente!» composición y dibujo de Xumetra.—La catástrofe que sepultó en el mar tantas vidas, cuya pérdida llora y llorará aún por mucho tiempo España entera, ha inspirado al distinguido dibujante Sr. Xumetra la sentida composición que reproducimos: enlazándose en extraña cadena surgen del mar los cuerpos de las infortunadas víctimas, á quienes recibe en sus brazos el ángel de la gloria, que indicándoles el cielo les señala el eterno premio con que han de ser recompensadas las horas de horrible tormento que precedieron á la muerte sufrida en cumplimiento del deber. Cada figura, vigorosamente dibujada, es una obra acabada de expresión de dolor en las unas, cual si lloraran la separación de lo que en la tierra amaron, de entusiasmo en las otras, como si por encima de todas sus afeciones estuviera la satisfacción de haber muerto en el puesto de honor y al servicio, ya que no en defensa, de la patria, cuya bandera junto con la palma del martirio les acompaña en ese tránsito á otra vida. El dibujo del Sr. Xumetra es de los que profundamente impresionan; tiene toda la grandiosidad que á ese género de composiciones alegóricas corresponde y constituye una hermosa hoja de la corona fúnebre que con sus lágrimas y sus rezos y sus donativos ha tejido la nación española á la memoria de los pobres mártires del *Reina Regente*.

Isaac Peral.—El ilustre sabio, bien merece el Sr. Peral este nombre y este calificativo, que hace pocos días falleció en Berlín después de haber sufrido una dolorosa operación practicada por el doctor Bergmann, pasó durante los últimos años de su vida por las alternativas más diversas á que un hombre puede verse sometido por la suerte.

España entera le glorificó un día; todos los honores parecían pocos para el inventor del submarino á quien felicitaban el monarca y las cámaras, agasajaban todas las clases sociales desde el obrero al magnate, y aclamaba la nación en masa con deli-



ISAAC PERAL,
fallecido en Berlín el 24 de mayo de 1895

rante entusiasmo. Las corporaciones científicas estimulaban sus esfuerzos, el gobierno ayudábale en su empresa, la prensa le dedicaba lugar preferente en sus columnas, las personalidades más ilustres en todas las ramas del saber humano tenían á gala ensalzarle y el pueblo llegó á sentir por él verdadera idolatría.

De pronto todo cambia: á la protección oficial sucede el más completo abandono; á las alabanzas de los hombres de ciencia,

las censuras de una crítica despiadada; á la adoración popular, la burla ó cuando más la indiferencia.

¡Pobre Peral! ¡Cuántas amarguras en premio de sus afanes! ¡Cuán cara la gloria que por un momento le fué dado disfrutar! Él, que cifraba todas sus ilusiones en el submarino, hubo de abandonarlo cuando quizás en su mente veía resueltos todos los problemas que con la construcción del mismo se relacionaban, cuando tal vez iba á dar el último paso que debía convertir su invento en máquina de guerra invencible, cuando acaso estaba próximo á realizarse su sueño dorado de pagar de una vez y con creces á su patria los auxilios y los honores que de ella había recibido. Él, que sentía veneración por el cuerpo de la armada, vióse obligado á pedir el retiro y á renunciar al honroso uniforme de marino para poder defenderse de ataques apasionados, de críticas injustas, hasta de injurias groseras, que hubieron de herirle en lo más hondo de su alma. Aquí donde tantos explotan la credulidad del pueblo para su amor personal, fué tachado de ambicioso el que sólo por el amor á su patria trabajaba sin descanso; aquí donde tanta actividad se consume en tareas estériles y en imaginarios proyectos, calificóse de iluso al que pudo demostrar con hechos la casi totalidad de sus afirmaciones, según lo comprobó en su informe el Capitán general del departamento de Cádiz; aquí donde con punible indiferencia se toleran tantas dilapidaciones que sólo en provecho de unos cuantos redundan, dirigiéronse graves cargos á los ministros que habían concedido auxilios, relativamente pequeños, para el fomento de una empresa que tenía por mira el bien de la patria, y lanzáronse ruines acusaciones al que los había recibido é invertido íntegros en la realización de su invento.

Isaac Peral ha sido tratado con notoria injusticia por sus contemporáneos; la posteridad enmendará á no dudarlo la falta por la actual generación cometida, colocando en el número de glorias nacionales al sabio y honrado inventor del submarino.

Otro sabio no menos ilustre, el Sr. Echegaray, lo ha dicho en un notabilísimo estudio altamente encomiástico para el señor Peral, y nosotros al tributar este humilde homenaje de respeto y admiración á la memoria del preclaro marino, de quien así como de su invento se ocupó en otras ocasiones LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nos complacemos en reproducir sus palabras, cuyo valor aumenta la circunstancia de haber sido escritas en los días de desgracia del inventor: «Las nobles ideas de un noble cerebro no dependen ni de la gritería de los alborotados, ni de los chistes estúpidos de los imbéciles ó de los envidiosos, ni del olvido ó del silencio de los indiferentes: son lo que son, y como encarnen en algo serán lo que hayan de ser en la historia de las invenciones... El Sr. Peral ha hecho algo útil por la ciencia; la historia de la ciencia española le hará justicia: todos, inventor, jueces y público tendrán que comparecer ante ella.»

El hombre pájaro Janos Dobos.—En Moscov, en Riga, en Varsovia, en Breslau, en Berlín, en Hamburgo, en Kiel, en Nancy y últimamente en Munich ha llamado la atención un joven de 15 años, cuya cara ofrece gran semejanza con la de un pájaro, cuya estatura es de 98 centímetros y cuyo cuerpo perfectamente formado pesa sólo nueve kilogramos. Dobos, que así se llama, es oriundo de Hungría é hijo de unos labradores que además de éste han tenido otros tres, también con cara de pájaro, que murieron prematuramente, y cinco completamente normales, que viven. Este fenómeno ha despertado gran interés en el mundo científico, habiendo sido examinado por las eminencias médicas de Alemania, Hungría y Rusia, entre ellos el ilustre Virchow, y todos han convenido en que no se trata de un monstruo, ni de un microcéfalo, sino de un hombre en miniatura con una deformación cuyas causas no han podido todavía ser explicadas. Janos Dobos, que revela no escasa inteligencia, ha sido también objeto de estudio en la Unión Antropológica de Munich y en el décimotercero congreso médico.

MISCELANEA

Bellas Artes.—BRUSELAS.—Con destino á la Galería de Pinturas ha sido comprado por 20.000 francos un magnífico cuadro de Jordaens, *Susana y los viejos*. Con esta son siete las obras del gran pintor flamenco que posee aquel museo, de las cuales cuatro fueron adquiridas desde 1827 á 1854 por precios que varían entre 600 y 1.600 francos, otra en 1878 por 5.800 y la sexta en 1894 por 12.000.

BERLÍN.—La exposición de Bellas Artes recientemente inaugurada contiene 1.925 cuadros, 119 grabados y 248 esculturas, y se considera como una de las más importantes que de muchos años á esta parte se han celebrado en la capital de Alemania. En ella están muy bien representados los artistas alemanes, especialmente los secesionistas munienses y los de la Asociación Artística de Dusseldorf; los franceses, así los de los Campos Elíseos como los del Campo de Marte, y los americanos en París residentes; también figuran dignamente los ingleses, holandeses, belgas é italianos. Además se han organizado en ella algunas exposiciones particulares, entre las cuales llaman la atención las de obras de los pintores Leible y Trubner y del escultor Eberlein.

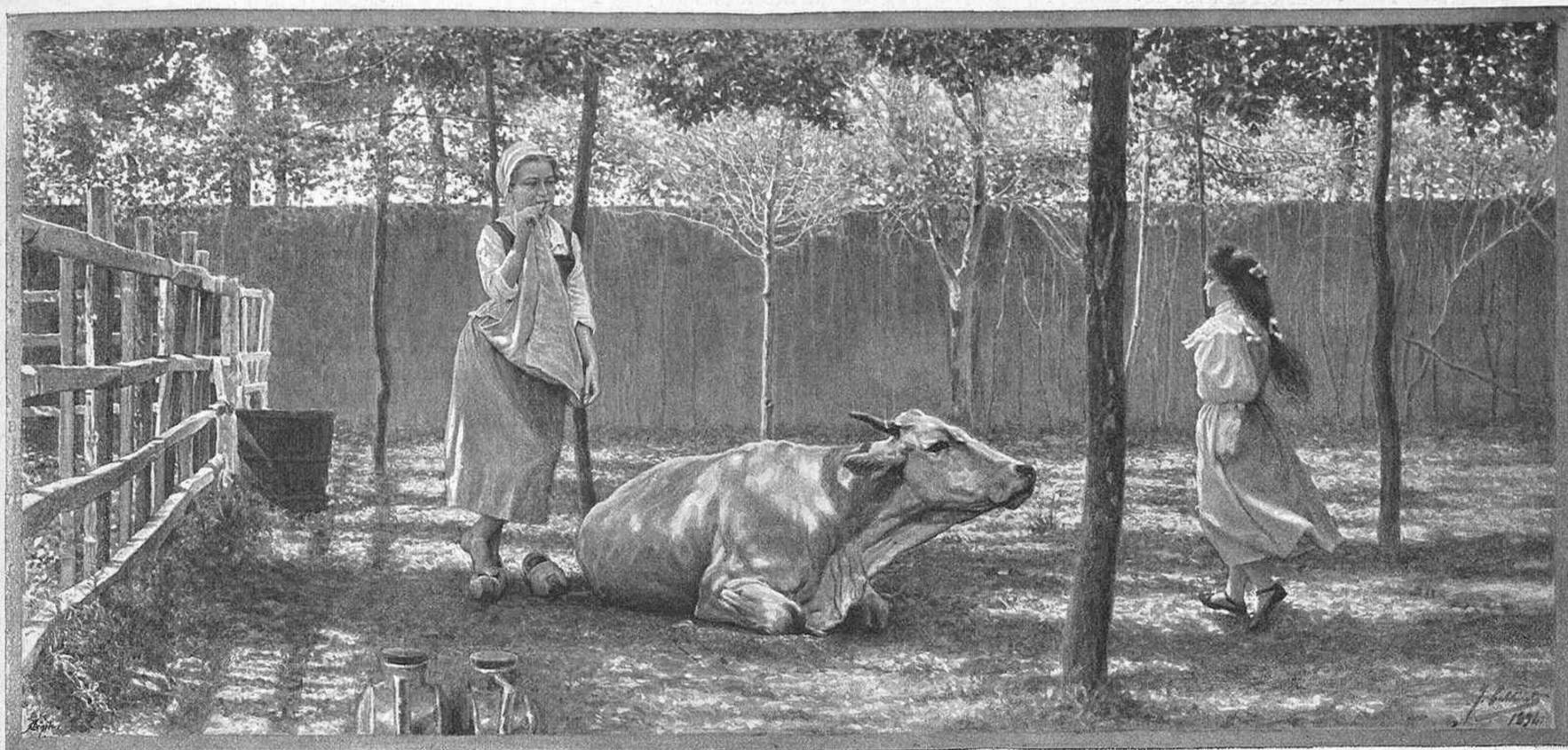
Teatros.—En Dresde se ha estrenado con gran éxito una ópera, *Atila*, en cuya música, de Adolfo Gunkel, se admiran bellísimas melodías y grandes efectos dramáticos. En la propia ciudad se pondrá próximamente en escena la ópera cómica de Haydn *El boticario*, que el afamado compositor escribió en 1768.

Barcelona.—En el teatro de Novedades ha debutado con extraordinario éxito la compañía que dirige María Guerrero: en la noche de inauguración púsose en escena la preciosa comedia de Moreto *El desdén con el desdén*, que desempeñaron admirablemente la señorita Guerrero y el Sr. Díaz de Mendoza. Este, nuevo para el público de Barcelona, demostró ser un actor de verdad, modelo de naturalidad, de distinción y de bien decir, cualidades que no deslucen ni el más pequeño asomo de tendencia al efectismo ó á la exageración declamatoria. Los demás actores, especialmente el Sr. Díaz (D. Manuel), dignos de tan notable pareja. La *mise en scene* irreprochable.

Necrología.—Han fallecido:

Gustavo Freytag, uno de los más ilustres escritores alemanes, autor de muchas y muy notables obras, entre ellas el gran ciclo de novelas *Los antepasados*.

Maximiliano de Menz, notable pintor de historia.



¡Vamos, contesta! ¿Qué opinión tienes tú de los hombres?

UN BUEN TÍO Y UN BUEN CURA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN DE LA BRETE, PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

TRADUCCIÓN DE CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO. — ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

— ¡Vaya, vaya! Se acuerda perfectamente, y si la hace usted desgraciada la mandaré a usted a paseo, y adiós las ventajas que tiene usted con tenerla en casa.

— Bueno, bueno; quiere decir que ya no volveré a pegarla; pero...

Se alejaron ambas y no pude oír el final de la frase.

Después de la comida me fui en busca de Suzón. Esta había sido amiga de mi tía, antes de entrar como cocinera. Se disputaban a cada paso, pero no podían vivir la una sin la otra. Nadie quería creerlo, pero es la pura verdad: Suzón quería sinceramente a su ama.

Pero si perdonaba a mi tía personalmente que se hubiese elevado en la escala social, la pegaba sin duda con el prójimo y con todo el mundo, pues refunfuñaba sin cesar.

— Suzón, le dije, colocándome delante de ella con aire decidido, ¿por lo visto soy rica?

— ¿Quién le ha dicho a usted ese disparate, señorita?

— Eso no te importa Suzón; pero quiero que me contestes y me digas dónde vive mi tío de Pavol?

— Quiero, quiero, refunfuñó Suzón; ¡vaya un lenguaje para una niña! Pues no le diré a usted nada, porque yo nada sé.

— Mientes, Suzón, y te prohíbo que me contestes de este modo. He oído lo que le decías a mi tía hace un instante.

— Pues si me ha oído usted, señorita, es inútil que yo le cuente a usted nada.

Y me volvió la espalda sin querer contestarme.

Subí a mi cuarto, muy nerviosa, y apoyada en el balcón escogí por testigos a la luna, a las estrellas y a los árboles de que tomaba la resolución formal de no dejarme pegar en lo sucesivo, de no tener ya miedo a mi tía y de emplear todo mi ingenio en serle desagradable.

Y dejando caer los pétalos de una flor que iba deshojando, arrojaba al mismo tiempo al aire mis temores, mi pusilanimidad y mis timideces de antes. Sentí que ya no era la misma y me dormí consolada.

Durante la noche soñé que mi tía, transformada en dragón, luchaba con Francisco I, que le atravesaba de parte a parte con su gran espada, y que tomándome en sus brazos desaparecía conmigo, mientras que el cura nos miraba con aire afligido y se

limpiaba el rostro con su enorme pañuelo de color, retorciéndolo en seguida con todas sus fuerzas, hasta que el sudor chorreaba como si hubiese estado sumergido en el río.

III

A la mañana siguiente, apenas estábamos instalados en nuestra mesa el cura y yo, cuando la puerta se abrió con estrépito y vimos entrar a Perrina, con su gorra sobre la nuca y sus zuecos repletos de paja en la mano.

— ¿Está ardiendo la casa?, preguntó mi tía.

— No, señora; ¡pero el diablo ha venido a visitarnos de seguro! La vaca se ha escapado al campo de la cebada que florecía tan bien; lo está talando todo, y no puedo atraparla; los capones están en el tejado, y los conejos en la huerta.

— ¡En la huerta!, exclamó mi tía, que se levantó de golpe lanzándome una mirada de furor, pues la tal huerta era un lugar sagrado para ella y el objeto de sus únicos amores.

— ¡Mis hermosos capones!, refunfuñó Suzón, que tuvo por conveniente darse a luz y unir su voz desagradable a la voz aún más desagradable de mi tía.

— ¡Ah, estúpida!, exclamó ésta.

Y se precipitó detrás de las criadas empujando la puerta con furor.

— Señor cura, dije yo en seguida, ¿cree usted que en el universo entero haya una mujer más mala que mi tía?

— Vamos, vamos, niña, ¿qué quiere decir eso?

— ¿No sabe usted lo que hizo ayer, señor cura? ¡Me pegó!

— ¿Pegar?, repitió el cura con tono incrédulo, hasta tal punto le parecía increíble que nadie se atreviese a tocar siquiera con la punta del dedo a un ser tan delicado como mi persona.

— ¡Si, señor, me pegó!, y por si usted no lo cree, le voy a enseñar cómo me dejó señalada...

Y al pronunciar estas palabras, empezaba a desabrocharme. El cura me miraba con aire azorado.

— ¡Es inútil, es inútil!; la creo a usted a pies juntillas, contestó precipitadamente, con la cara amoratada y bajando con pudor los ojos.

— ¡Pegarme el mismo día en que cumplí diez y seis años!, proseguí diciendo mientras me abrochaba el vestido. ¡No sabe usted cuánto la detesto!

Y dí al mismo tiempo un puñetazo sobre la mesa, que entre paréntesis me hizo algún daño.

— Vamos, vamos, hija mía, me dijo el cura todo emocionado, cálmese usted y cuénteme cómo pasó.

— ¡Pues nada! Cuando usted se fué, me llamó descarada y se echó sobre mí como una furia. ¡Oh! ¡Qué mujer más mala!

— Vamos, Reina, vamos, ¡ya sabe usted que hay que perdonar las injurias!

— ¡Caspitina!, exclamé separando bruscamente mi silla y paseándome por el cuarto, ¡no la perdonaré jamás, jamás!

El cura también se levantó y se puso a pasear en diverso sentido que yo, de suerte que seguimos nuestra conversación, cruzándonos continuamente como aquellos dos personajes de no recuerdo qué historia.

— Hay que ser razonable, Reina, y tomar esa humillación como una pequeña penitencia, por la remisión de sus pecados.

— ¡Mis pecados!, dije parándome un momento y encogiéndome ligeramente de hombros; ya sabe usted, señor cura, que son tan pequeños que no vale la pena de hablar de ellos.

— ¿De veras?, dijo el cura, que no pudo reprimir una sonrisa. Pues entonces, si es usted una santa no hay más que soportar las contrariedades con paciencia por amor a Dios.

— ¡A fe que no!, repliqué con tono muy decidido. Me conformo a amar a Dios un poco..., no mucho, — no frunza usted el ceño, señor cura; — pero estoy persuadida que me ama bastante para no estar satisfecha de verme desgraciada.

— ¡Qué cabeza!, exclamó el cura. ¡Vaya una educación que he hecho!

— En fin, proseguí diciendo paseándome siempre por el cuarto, quiero vengarme, y me vengaré.

— Reina, eso es muy feo. Dígame usted...

— La venganza es el placer de los dioses, contesté dando un salto para atrapar un moscón que revoloteaba a mi alrededor.

— Hablemos seriamente, hija mía.

— Pero si yo hablo seriamente, le contesté parándome un momento delante de un espejo para cerciorarme complacientemente de que la animación me iba muy bien. Ya verá usted, señor cura, ¡jagarraré un sable y decapitaré a mi tía, como hizo Judit con Holofernes!

— ¡Esta criatura me saca de mis casillas!, exclamó

el cura desesperado. Hágame usted el favor de estarse quieta y de no decir tonterías.

— Obedezco, señor cura; pero ¿confiesa usted que Judit no valía dos cuartos?..

El cura se apoyó contra la chimenea é introdujo con delicadeza un polvito de rapé en sus fosas nasales.

— Dispense usted, hija mía; eso depende del punto de vista en que uno se coloca.

— ¡Qué poca lógica tiene usted, le contesté! ¡Encuentra usted soberbia la acción de Judit porque libertó á unos cuantos israelitas que de seguro no valían tanto como yo, y que no deberían interesar á usted, puesto que han muerto y están enterrados hace tiempo... y ¡encontraría usted muy mal que yo hiciese lo propio para libertarme igualmente! Y sin embargo, Dios sabe muy bien que yo estoy perfectamente viva, dije haciendo mil piruetas.

— Tiene usted una gran opinión de sí misma, dijo el cura, que se esforzaba para tomar un aspecto severo.

— ¡Oh, excelente!

— Vamos á ver, ¿quiere usted escucharme ahora?

— Estoy segura, dije prosiguiendo mi razonamiento, que Holofernes era cien veces más agradable que mi tía, y que habría hecho muy buenas migas con él. Por lo tanto, no veo absolutamente qué me impediría imitar á Judit.

— ¡Reina!, exclamó el cura dando un golpe con el pie.

— Querido maestro, no se enfade usted, se lo ruego, y tranquilícese, no mataré á mi tía; tengo otro medio para vengarme.

— Dígame usted cuál, contestó el buen señor, que ya se había serenado, tomando asiento en el canapé. Me senté á su lado.

— Dígame usted. ¿Ya ha oído usted hablar de mi tío Pavol?

— Ciertamente; vive cerca de V...

— Justo. ¿Cómo se llama su quinta?

— El Pavol.

— Entonces, escribiendo á mi tío á la quinta de Pavol, cerca de V..., la carta le llegará con toda seguridad.

— No admite duda.

— Pues bien, señor cura, ya he encontrado cómo me vengaré. ¿Ya sabe usted que si mi tía no me quiere, en cambio tiene gran afecto á mis cuartejos?

— Pero, criatura, ¿de dónde ha sacado usted semejante cosa?, me contestó atónito.

— Se lo he oído decir á ella misma, de modo que estoy segura de lo que digo. Lo que más teme en el mundo es que yo me queje al Sr. de Pavol y le pida que me recoja en su casa. Así, pues, pienso amenazarla con escribir á mi tío, y esto no quiere decir que el día menos pensado, añadí después de un instante de reflexión, no le escriba de verdad.

— ¡Vamos, eso es bastante inocente!, dijo el buen señor sonriendo.

— ¡Conque ya lo sabe usted!, exclamé gozosa, ¿y usted aprueba mi idea?

— Sí, hasta cierto punto, hija mía, pues es indudable que no deben pegarla; pero le prohibo á usted que se muestre impertinente. No se sirva usted de sus armas sino en caso de legítima defensa, y recuerde usted que si su tía tiene defectos, debe usted sin embargo respetarla y no ser agresiva.

Hice un gesto significativo.

— No prometo á usted nada..., ó más bien, mire usted, para ser franca, le prometo á usted hacer precisamente lo contrario de lo que acaba usted de decirme.

— ¡Es una verdadera insubordinación!.. Acabaré por enfadarme, Reina.

— Es más que una insubordinación, repliqué con gravedad, es una revolución.

— ¡Vamos, yo perderé la paciencia y la vida!, refunfuñó el cura. Señorita de Laval, hágame usted el favor de someterse á mi autoridad.

— Escuche usted, le dije con acento mimoso, le quiero á usted de todo corazón, es usted la única persona á quien quiero en el mundo... (El semblante del cura se fué mejorando poco á poco.) Pero detesto, execro á mi tía, y reconozco que será siempre lo mismo. Tengo mucho más talento que ella...

El cura quiso interrumpirme, pero yo me adelanté á decirle:

— No me diga usted lo contrario, pues demasiado sabe usted que tengo razón.

— ¡Qué mal educada! ¡Dios mío!, exclamó el cura alzando las manos.

— Señor cura, no tema usted por la salvación de mi alma; ya nos encontraremos algún día en el reino de los cielos. (Y seguí mi discurso:) teniendo mucho más talento que mi tía, me será fácil atormentarla con mis palabras. Anoche mismo, me prometí solemne-

mente serle muy desagradable. La luna y las estrellas me sirvieron de testigo.

— Hija mía, me dijo el cura con seriedad, no quiere usted escucharme, y usted se arrepentirá.

— ¡Eso ya lo veremos!.. Estoy oyendo á mi tía: está furiosa porque he sido yo quien ha soltado la vaca, los conejos y los capones, para quedarme sola con usted. Échela usted un buen sermón, señor cura, pues le aseguro á usted que me ha pegado de lo lindo; tengo todo el cuerpo lleno de cardenales.

Mi tía entró como un huracán, y el cura se quedó tan atónito que no pudo ni contestarme.

— Reina, ¡venga usted aquí!, exclamó, el rostro enrojecido de cólera y sin poder respirar apenas, de resultas sin duda de la carrera que había dado para atrapar los conejos.

La contesté con un saludo.

— Dejo á usted con el señor cura, díjela dirigiendo un gesto de inteligencia á mi aliado.

La ventana afortunadamente estaba abierta.

Salté sobre una silla y en un dos por tres me encontré en el jardín, que estaba casi al nivel de la ventana. Mi tía, que se había colocado delante de la puerta para cortarme la retirada, se quedó estupefacta.

Confieso que hice como que me escapaba; pero la verdad es que me escondí detrás de unos matorrales, desde donde pasé un buen rato escuchando los regaños del cura y las exclamaciones furibundas de su interlocutora.

Durante la comida mi tía se asemejaba á un perro dogo á quien tratan de arrebatarse un hueso.

Regañaba á Suzón, que la mandaba á paseo; maltrataba á su gato; tiraba los cubiertos á derecha é izquierda, produciendo un ruido espantoso; en fin, exasperada por mi aire impasible y burlón, agarró una botella y la tiró por la ventana.

Yo me apoderé en seguida de un plato de arroz, que no había probado aún, y lo mandé en busca de la botella.

— ¡Infame criatura!, exclamó mi tía lanzándose sobre mí.

— No se acerque usted, dije retrocediendo; si me toca usted, escribo esta misma noche á mi tío Pavol.

— ¡Ah!.., dijo mi tía, que se quedó como petrificada, con los brazos al aire.

— Y si no es esta noche, será mañana ó cualquier otro día, pues no quiero que nadie me pegue.

— Su tío de usted no la creará, gritó mi tía.

— ¡Oh! ¡Que sí!.. Tengo la señal de sus dedos de usted en el cuerpo. Ya sé que es muy bueno y me iré con él.

No tenía realmente ninguna idea del carácter de mi tío, pues contaba apenas seis años cuando le vi por primera y última vez; pero pensé que debía hacer ver que estaba perfectamente enterada de todo, con lo cual daba una prueba de una gran diplomacia.

Abandoné el comedor majestuosamente, dejando á mi tía desahogarse con la buena de Suzón.

IV

La guerra estaba declarada, y desde entonces consagraba mi tiempo á luchar contra la señora de Laval. Antiguamente apenas si me atrevía á abrir la boca en su presencia, excepto cuando el cura nos acompañaba; me imponía silencio aun antes de concluir la frase.

Afirmo que semejante procedimiento me molestaba sobre manera, porque yo soy muy parlanchina. Algo me desquitaba con el cura, pero no era lo bastante, por lo cual había tomado la costumbre de hablar alto conmigo misma. Me sucedía á menudo que me plantaba delante del espejo y me ponía á charlar con mi imagen durante horas enteras...

¡Mi espejo querido!, ¡mi amigo fiel!, ¡confidente de mis más íntimos secretos!

Yo no sé si los hombres han reflexionado alguna vez con seriedad acerca de la enorme influencia que ese pequeño objeto puede ejercer en la imaginación. Obsérvese que yo no determino el sexo de esa imaginación, estando como estoy bien convencida que los individuos barbudos tienen tanto placer como nosotras en observar sus cualidades exteriores.

Si yo escribiese una obra filosófica trataría esta cuestión: «De la influencia del espejo en la inteligencia y el corazón del hombre.»

No niego que mi tratado sería tal vez único en su género y que no se parecería en nada á la filosofía en la que Kant, Fichte, Schelling, etc., han patallado durante toda su vida para su gloria y para la felicidad todavía más grande de la posteridad, que los lee con un placer tanto más vivo cuanto que no comprende nada de ella. No, mi tratado no tendría nada que ver con las obras de esos caballeros: sería claro, preciso, práctico, con ribetes de causticidad, y es menester lle-

var muy lejos el amor á la contradicción para dejar de convenir en que estas cualidades no son las que brillan más en las filosofías antes mencionadas. Pero no encontrando mi inteligencia bastante madura para una obra tan importante, me contento conservando á mi espejo un afecto sincero, mirándome en él todos los días en señal de gratitud.

Sé muy bien que, ante esta revelación, alguno de esos caracteres agrios y desabridos, que todo lo ven bajo el aspecto más negro, insinuarán que la coquetería representa un gran papel en el sentimiento que experimento por mi espejo. ¡Gran Dios! ¡Nadie es perfecto! Y observa, querido lector, que si vas de buena fe, lo cual es dudoso, tendrás que confesar que el interés personal, por no valerme de otra expresión más dura, ocupa el primer lugar en la mayor parte de tus sentimientos.

Pero volviendo á lo que me concierne, diré que habiendo roto completamente con mis antiguos terrores, no trataba ya de moderar mi locuacidad en presencia de mi tía. No había una sola comida sin que tuviésemos discusiones que amenazaban convertirse en tempestades.

Aunque no conocía bien su origen, no había tardado en descubrir que era más ignorante que una carpa y que experimentaba una viva contrariedad cuando apoyaba mis opiniones en mi saber ó en el del cura. Además no titubeaba jamás en dar la calificación de históricas á ideas que eran únicamente hijas de mi inteligencia. Por desgracia, me era imposible luchar contra la experiencia personal de mi tía, y cuando me afirmaba que las cosas sucedían de tal ó cual manera en el mundo, que los hombres no eran más que unos bocones, más malos que Satanás, me ponía furiosa por no saber qué contestar. Tenía bastante discernimiento para comprender que los personajes con quienes vivía no podían darme sino una idea muy imperfecta del género humano en las circunstancias ordinarias de la vida.

El cura comía todos los domingos en casa. Tenía sin duda motivos secretos para no elogiar delante de mí al rey de la creación — excepto cuando se trataba de sus héroes antiguos, de los cuales no podía ya temer el espíritu emprendedor, — pues no oponía sino pocas y muy débiles denegaciones á las afirmaciones de mi tía.

La comida del domingo se componía invariablemente de un capón ó de un pollo, de una ensalada con huevos duros y de arroz con leche. El cura, cuya mesa era menos que modesta y cuyo paladar sabía hacer justicia á los guisos de Suzón, llegaba los domingos frotándose las manos y gritando que traía gran apetito.

Nos sentábamos en seguida á la mesa, y la conversación, sobre todo al principio, era tan invariable como el programa de la comida.

— Qué hermoso tiempo tenemos, decía mi tía, cuya frase, si llovía, no recibía más modificación que el cambio del adjetivo.

— Un tiempo hermosísimo, contestaba el cura alegremente. ¡Es delicioso pasear en estos días de sol!

Si había llovido, si había nevado, si había granizado, si había habido relámpagos y truenos, el cura expresaba del mismo modo su satisfacción, ya haciendo el elogio de una habitación desprovista de corrientes de aire, ya ponderando las delicias de una buena chimenea.

— Pero no hace calor, continuaba diciendo mi tía. ¡Es particular! En mi tiempo se ponía una los vestidos blancos por Pascua.

— ¿Los vestidos blancos le iban á usted bien?, me apresuraba yo á preguntar.

Mi tía, temerosa de alguna impertinencia de mi parte, me lanzaba una mirada preventiva de furor antes de contestar:

— Ciertamente que me iban bien.

— ¡Oh!, exclamaba yo con un tono que no dejaba la menor duda acerca de mi íntima convicción.

— En mi tiempo, afirmaba mi tía, las niñas no hablaban sino cuando se les preguntaba algo.

— ¿No hablaba usted cuando era joven, tía?

— Cuando me interrogaban; si no, jamás.

— ¿Todas las jóvenes se parecían á usted, tía?

— Ciertamente, sobrina.

— ¡Qué tiempos tan feos!, exclamaba yo lanzando un suspiro y mirando al techo.

El cura me miraba con aire enfadado, y la señora de Laval dejaba errar su mirada hacia los distintos objetos que había sobre la mesa, con la tentación evidente de arrojarme alguno de ellos á la cabeza.

La conversación, al llegar á este punto... agudo, cesaba por completo, hasta el momento en que los sentimientos agriados de mi tía, contenidos por los esfuerzos de su voluntad, estallaban de pronto, como máquina sometida á una presión demasiado fuerte. Entonces era ella; fulminaba toda su cólera contra la

creación entera: hombres, mujeres, niños, nadie se salvaba en ese diluvio de adjetivos. De los hombres, sobre todo, sólo quedaba al final de la comida una mezcla, no de huevos y de carne podrida, sino de monstruos de todas las especies.

- Los hombres no valen ni la cola de un perro, decía mi tía en ese lenguaje armonioso y elegante que le era habitual.

El cura, que tenía la certidumbre desoladora de no ser una mujer, bajaba la cabeza y parecía estar lleno de contrición.

- ¡Qué incrédulos! ¡Qué malos!, proseguía diciendo con aire furioso y mirándome fijamente, como si yo hubiese pertenecido á la especie en cuestión.

El cura se callaba como un muerto.

- ¡Gentes que no piensan más que en gozar, en comer!, proseguía mi tía, que no podía olvidar la pobreza legada por su marido. ¡Qué hijos de Satanás!

- ¡Hum! ¡Hum!, exclamaba el cura bajando la cabeza.

- Señor cura, exclamé con impaciencia, ¡hum! no es un argumento de gran valor.

- Yo diré á usted, contestó el buen señor, á quien interrumpíamos en la degustación de su sabrosa comida; yo creo que la señora de Lavalle va un poco demasiado lejos empleando esas expresiones. Ahora bien: es muy cierto que algunos hombres no merecen gran confianza.

- Usted es como Francisco I. ¿Prefiere usted las mujeres?, dije con cierta candidez.

- ¡Voto á Sanes!, exclamó mi tía, que había reemplazado ciertas palabras enérgicas por esta expresión propia de su marido, y que ella creía ser muy aristocrática; ¡voto á Sanes!, ¡cállese usted, estúpida!

Pero el cura le dirigió una mirada significativa, y la buena señora se mordía los labios.

- ¿Y sus héroes de usted, señor cura? ¿Y sus griegos?, ¿y sus romanos?

- ¡Oh! Los hombres de hoy no se parecen en nada á los hombres de antes, decía el cura, muy convencido de que expresaba una gran verdad.

- ¿Y los curas?, continué diciendo.

- Los curas no se cuentan, contestó con una dulce sonrisa.

Este género de conversación, lleno de lugares comunes, tenía el privilegio de ponerme nerviosa. Tenía la conciencia de que un mundo de ideas y de sentimientos, que no debía tardar en descubrir, se

que su apreciación debía estar basada en una gran experiencia, y la reservé para lo último.

Tomé un abrigo, me puse los zuecos y me dirigí hacia el cortijo, situado á un kilómetro de la casa.

Llenándome de lodo hasta las narices, llegué cerca de Juan, que estaba limpiando su carreta.

- Buenos días, Juan.

- ¡Muy buenos, señorita!, contestó Juan quitándose su gorro de lana, lo que permitió á sus cabellos ponerse en punta sobre su cabeza. Cuando no se hallaban sometidos á cualquier presión, era una particularidad de su temperamento el entregarse á ese ejercicio.

- Vengo á consultar con usted una cosa muy importante, dije recalando sobre el adverbio para despertar su inteligencia, que ya sabía yo que se iba por los cerros de Ubeda cuando se le preguntaba algo.

- Mande usted, señorita.

- Mi tía dice que todos los hombres son unos bocones; ¿cuál es su parecer de usted sobre esto, Juan?

- ¡Unos bocones!, repitió Juan abriendo desmesuradamente los ojos como si distinguiese un monstruo delante de sí.

- Esta es la opinión de mi tía y quiero tener la de usted.

- ¡Diantre! Pues tal vez tenga razón.

- ¡Pero esa no es una opinión, Juan! Vamos á ver, ¿cree usted, sí ó no, como Cristo nos enseña, que los hombres son generalmente unos bocones?

Juan apoyó sobre la punta de su nariz el índice de su mano derecha, lo que significa, como es sabido, el indicio de una profunda meditación.

Después de haber reflexionado un buen rato, me dió esta contestación clara y decisiva:

- Oigame usted, señorita, ¡yo diré á usted!, bien pudiera ser que sí, pero bien pudiera ser que no.

- ¡Animal!, le dije, indignada de contemplar semejante fenómeno de estupidez.

Abrió la boca, abrió los ojos, abrió las manos, hubiera abierto toda su persona si hubiese podido, para manifestar mejor su extrañeza.

Regresé al patio del Buissón, echando pestes del barro, de mis zuecos, de Juan y de mí misma.

- ¡Perrina, exclamé, ven aquí!

Perrina, que estaba limpiando las jarras de su lechería, vino en seguida con un puñado de ortigas en la mano, los brazos al aire, la cara colorada como una

- La señorita quiere reirse de mí, de seguro.

- No seas tonta, hablo con toda formalidad. ¡Vamos, responde pronto!

- Pues, señorita, me dijo Perrina, colocándose de aplomo sobre sus dos piernas, á mí me parece que cuando son guapos y frescotes, hay cosas más desagradables que mirar...

Este modo de mirar la cuestión, me dió mucho que reflexionar.

- Yo no me refiero al físico, dije encogiéndome de hombros, sino al moral.

- ¡Yo los encuentro muy agradables!, contestó Perrina, cuyos ojillos brillaban de lo lindo.

- ¿De modo que tú no encuentras que sean incrédulos, bocones, hijos de Satanás?

Perrina se echó á reír á carcajadas.

- ¡Qué disparate! A mí lo que me parece...

Se interrumpió de pronto para darse con los puños en la cabeza. Retorcí su delantal, bajó los ojos, y me pareció dispuesta á tomar las de Villadiego.

- ¿El qué? ¡Di!..

- ¡La señorita se está burlando de mí! ¡Vaya, agur! Y dirigiéndome una amable cortesía, desapareció de repente, metiéndose en su lechería y dándome con la puerta en las narices.

Vamos, no lo entiendo... Ya no me queda más recurso que Suzón, pero falta saber si querrá explicarse.

Entré en la cocina. Suzón, con la escoba en la mano, se preparaba á hacerla funcionar activamente. Me pareció que no estaba de buen talante, y juzgué prudente poner en juego algunas precauciones oratorias antes de comenzar mis preguntas.

- ¡Cómo relucen tus cacerolas, Suzón!, le dije en el tono más amable que pude.

- Hace una lo que puede, dijo refunfuñando, y el que no esté contento no tiene más que decirlo.

- ¡Qué bien haces los pollos en salsa, Suzón!, continué diciendo siempre en el mismo tono; ¡deberías enseñarme á hacerlos!

- Eso no es cosa de señoritas; haga usted sus quehaceres y déjeme usted en paz en mi cocina.

Viendo que mis medios de seducción no causaban ningún efecto, dirigí mis baterías hacia otro punto.

- ¿Sabes una cosa, Suzón? ¡Has debido ser muy bonita en tu juventud!, dije yo, pensando sin embargo que si hubiese sido su marido la habría metido en el asador para desembarazarme de ella.



¡La muy tonta!.. ¡Un hombre tan encantador!

hallaba cerrado para mí. Dudaba de que el juicio formado por mi tía acerca de la humanidad fuese justo en absoluto, pero comprendía que ignoraba muchas cosas y que me arriesgaba á permanecer largo tiempo en mi ignorancia.

Una mañana en que me hallaba meditando sobre esta extraña situación, me vino la idea de consultar á las tres personas que tenía ocasión de ver todos los días: Juan el colono, Perrina y Suzón.

Como esta última había vivido en C..., comprendí

manzana y con la gorra medio torcida, según su costumbre.

- ¿Cuál es tu opinión acerca de los hombres?

- De los hom...

Y Perrina, de manzana á peonía dejó caer sus ortigas, agarró una punta de su delantal, levantó la pierna izquierda, y apoyada sobre la de la derecha, se quedó mirándome con aire estupefacto.

- ¡Vamos, contesta! ¿Qué opinión tienes tú de los hombres?

Se conoce que había tropezado con la cuerda sensible, porque Suzón se dignó sonreír.

- Cada cual tiene su cuarto de hora, señorita.

- Suzón, proseguí diciendo, aprovechando ese súbito instante de buen humor para llegar cuanto antes á lo que me interesaba, ¡tengo ganas de hacerte una pregunta! ¿Cuál es tu opinión acerca de los hombres... y de las mujeres?, añadí, pensando que era ingenioso abarcar mis estudios acerca de los dos sexos.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

TRANSMISIÓN DE LAS FOTOGRAFÍAS Á DISTANCIA
EL ELECTRO-ARTÓGRAFO DE AMSTUTZ

¡Otra maravilla de la electricidad! El artógrafo eléctrico, ó electro-artógrafo, como su inventor lo llama, tiene por objeto transmitir á cualquier distancia por

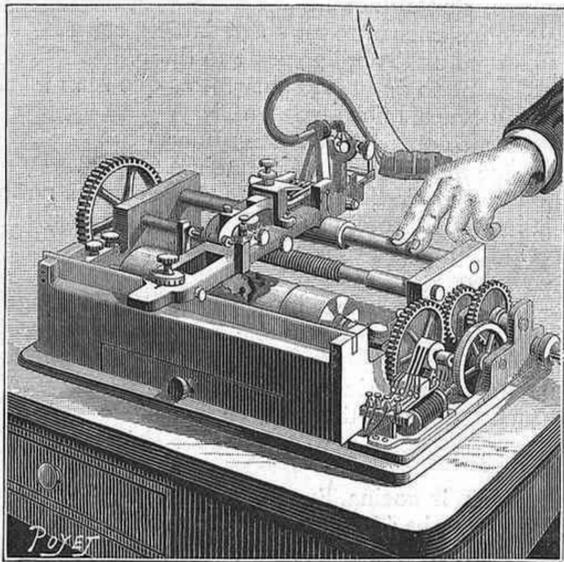


Fig. 1. - El electro-artógrafo Amstutz. - Aparato transmisor

medio de la corriente eléctrica copias de una fotografía, y reproducirla al otro extremo de la línea, en un grabado que sale listo para imprimir con él.

Su inventor, Mr. N. S. Amstutz, es un ingeniero mecánico y electricista muy conocido, de la ciudad de Cleveland, Estado de Ohio. Como se verá por el funcionamiento del aparato que pasamos á describir, éste reúne algunos detalles característicos del fonógrafo y del teléfono.

Como en este último aparato, el electro-artógrafo se basa en la corriente ondulatoria eléctrica, y la reproducción se efectúa en un cilindro cubierto de cera, giratorio como en el fonógrafo. Para ello se necesitan un instrumento de transmisión y otro de recepción.

El principio en que se basa el aparato es muy sencillo, y se comprenderá fácilmente por la ilustración, cuya figura 1 representa el aparato de transmisión, y la figura 3 el de recepción, ó sean el transmisor y el receptor.

Se empieza haciendo un negativo fotográfico de la persona ó cosa cuya imagen se quiere transmitir. Con este negativo se expone á la luz una película de gelatina, á la que se ha hecho sensible por medio del bicromato de potasa, que como se sabe, hace insolubles en el agua las partes expuestas á la luz al pasar por las partes claras del negativo fotográfico, y solubles todas aquellas que no ha afectado la luz por no poder pasar por las partes oscuras del negativo. Sabido también es que la solubilidad varía según la intensidad de los detalles del negativo.

Después de haber disuelto todas las porciones solubles de la película, quedará en ella grabada la imagen del negativo, pero en relieve enteramente. De una manera exagerada representamos en la figura 2 una sección de dicha película, en la que indican las variaciones de su superficie los distintos efectos producidos por las sombras y los claros del negativo fotográfico, al atravesarlos la luz y afectar distintamente la película bicromatada.

Obtenida la película se le fija en la superficie del cilindro A (fig. 5), preparado para girar. Un trazador ó puntero B, conectado de un modo ajustable en la palanca C, descansa en la película, y al girar ésta con el cilindro en que está montada, el puntero se levanta y cae según las ondulaciones formadas por los relieves de la película, comunicando así un movimiento de distintas intensidades de subida y bajada al extremo opuesto de la palanca C.

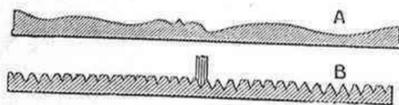


Fig. 2. - A Sección en escala aumentada de la superficie gelatinosa impresionada que sirve para la transmisión. - B Sección transversal en escala aumentada de la superficie receptora que reproduce las distintas profundidades de los surcos sucesivos.

Una colección de palanquitas F están acodadas centralmente en su punto de apoyo D, y dispuestas de modo que unos de sus extremos toquen al subir los

extremos inferiores de los terminales E. Los extremos de dichas palanquitas, que tocan en el extremo de la palanca C, como lo indica el grabado, no están en una misma línea horizontal.

Cuando la palanca C está en su punto más bajo, á causa de una depresión en la película de gelatina, todas las palanquitas tocan con sus extremos opuestos en los terminales. Con otra revolución del cilindro A y una elevación de la película, levantando la palanca C, el contacto de todas las palanquitas, menos una, se rompe.

De modo que la elevación de las ondulaciones ó distintos relieves de la superficie pelicular determina el número de palanquitas que se ponen en contacto con los terminales.

Un terminal de la pila N va á la tierra, y el otro se enlaza con el punto de apoyo D de las palanquitas F, y la corriente pasa á través de éstas, los terminales E y resistencia H, á la línea principal, y de ésta al solenoide I distante de la estación contraria, y á la tierra.

Cuando todas las palanquitas tocan los terminales, todas las resistencias están en paralela, y la resistencia total es mínima y la corriente máxima; y por el contrario, la resistencia es máxima y mínima la corriente á medida que se rompe el número de contacto. Por esta disposición de las resistencias hay subidas y bajadas en la corriente correspondientes á las que se hallan en la superficie de la película.

Esa corriente variable, circulando por el solenoide I, produce una atracción variable también en la barra unida al extremo de la palanca J. Dicha palanca tiene su apoyo en K, y lleva el cincel L, en forma de V, debajo del cual se encuentra una película de gelatina ó de cera, pegada al cilindro M.

No perdiendo de vista esta disposición, se com-

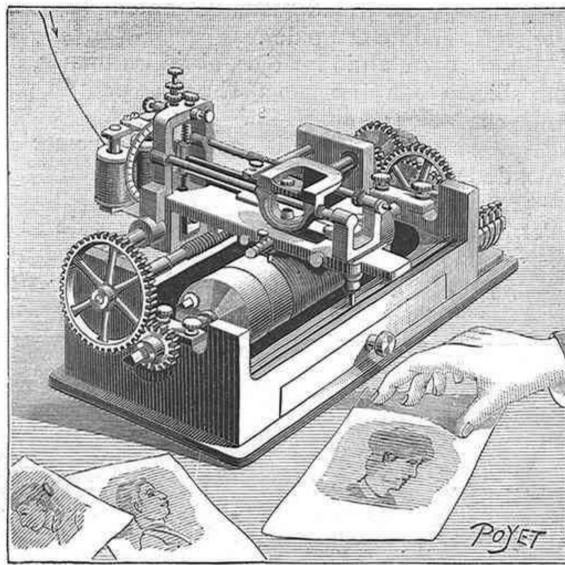


Fig. 3. - Aparato receptor

prenderá fácilmente que con una revolución del cilindro A, al seguir el puntero las elevaciones y depresiones de la película, el extremo libre de la palanca C entra en contacto con los extremos de una ó más de las palanquitas F, permitiendo que la corriente pase más ó menos á través de la resistencia y ejerza por medio de ella una atracción hacia abajo más ó menos pronunciada en el extremo de la palanca J.

Se han dibujado para simplificar cuatro palanquitas solamente; pero fácil es comprender que cuanto mayor sea su número tanto más delicadas serán las variaciones de atracción en la barra del solenoide. El número de palanquitas no tiene límite; sin embargo, Mr. Amstutz encuentra que no se requieren más de diez, y muchas menos cuando se trata de obtener reproducciones á grandes rasgos para las ilustraciones de los diarios.

Supongamos, pues, que se ha asegurado una película de imagen en el cilindro de transmisión A y otra de gelatina ó de cera en el cilindro de recepción M, y que ambos giran con una misma velocidad. Una revolución hará que el cincel L abra una raya ó línea alrededor de la película que tiene debajo, la cual raya saldrá irregular en cuanto á sus depresiones y anchura, puesto que el cincel tiene la forma de V, y la atracción ejercida en el extremo de la palanca es variable, á causa de la distinta intensidad de la atracción de la barra del solenoide en el extremo de la palanca.

¿Puede hacerse un retrato con una sola línea? Naturalmente que no, pero una línea es elemento de toda una imagen; y cuando el cilindro gira, el puntero y el cincel adelantan por la acción del tornillo que se ve en las figuras 1 y 3, y espiralmente se produce otra línea al lado de la primera con distintas profun-

didades y anchos (fig. 2, B), que corresponden á las ondulaciones vecinas que se encuentran en la superficie de la película del transmisor.

De este modo las líneas de la película del transmisor se van trazando de una manera continua en la otra película del receptor, y cuando se electrotipa esta película se tiene un grabado listo para imprimir con él.

Las dos máquinas representadas en las figuras 1 y 3 tienen los mismos órganos característicos: un bastidor, un puntero dotado de movimiento progresivo y una carretilla, guiada por la barra redonda del respaldo y que adelanta encima del cilindro por la acción del tornillo enfrente de la barra de guía, un cilindro giratorio que corresponde á los cilindros A y M, engranajes convenientes en los extremos para hacer girar el cilindro y el tornillo, los tornillos de ajuste, las tuercas necesarias y un aparato sincronizador para regir la velocidad de cada cilindro.

Con la perfección de detalles el grabado que se hace por este método será de la clase superior, el que se conoce con el nombre «de línea.»

Además de la gelatina los grabados pueden hacerse sobre metales, como en los objetos de oro ó de plata. Tampoco se necesita funcionar á grande distancia, pues los aparatos pueden colocarse juntos y obtener así un trabajo local de reproducción.

Hemos escogido una muestra del trabajo obtenido con estos aparatos en su forma actual, que da una idea aproximada del trabajo artístico que darán una vez que los aparatos hayan obtenido la perfección de que son capaces. El cuadro del niño con el perro (fig. 4) se grabó en las máquinas del laboratorio particular de Mr. Amstutz, necesiándose emplear tres minutos solamente para grabar la última imagen.

No es difícil creer que muy pronto se pueda remitir desde Londres á Nueva York por cable la noticia de un suceso acompañado de las principales escenas, que se podrán imprimir simultáneamente con las palabras del cablegrama; y esto sin intervenir en lo más mínimo en las condiciones telegráficas, cuyas oficinas sólo necesitan proveerse de los aparatos que acabamos de describir.

Como Mr. Amstutz tiene mucha práctica en todo lo referente al asunto de ilustraciones para libros y periódicos, ha podido mejor que nadie vencer las dificultades que el nuevo problema le presentaba. En la actualidad se ocupa en perfeccionar sus aparatos, sobre todo en la cuestión de hacerlos lo más expe-



Fig. 4. - Facsimile de la reproducción de una fotografía obtenida á distancia con el electro-artógrafo Amstutz

ditos posible, y en la de valerse de ambas corrientes, la continua y la alternativa, manteniendo sin embargo el principio en que se basan.

(De *La América Científica*)

* * *

LA TRACCION ELÉCTRICA POR ACUMULADORES
EN PARÍS

En el número 572 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA describimos los tranvías eléctricos de acumuladores que pocos meses antes se habían inaugurado en las distintas líneas de París. En los tres años de explotación transcurridos desde entonces, los resultados han sido satisfactorios y han permitido realizar ciertas economías sobre la tracción animal. El gasto ha resultado ser de 0'47 francos por coche y kilómetro,

de los que 0'16 corresponden á la conservación y entretenimiento de los acumuladores, 0'18 á la fuerza motriz, 0'05 al entretenimiento de los trucs y motores y 0'08 al personal.

Estos primeros resultados se han obtenido con los coches antiguos reformados para el servicio eléctrico; pero desde hace algún tiempo la Sociedad ha realizado una serie de modificaciones y de mejoras que le permitirán efectuar el servicio en condiciones mucho mejores. En primer lugar, como ha indicado M. J. Sarcia en la *Sociedad internacional de electricistas*, la *Sociedad para el trabajo eléctrico de los metales* ha introducido grandes perfeccionamientos en los acumuladores. Las placas negativas de estos acumuladores, en los cuales la materia activa se obtenía por medio de la reducción del cloruro de plomo, han resistido perfectamente y han durado largo tiempo: no sucedía lo mismo con las positivas, que muy pronto se inutilizaban por desprendimiento de la materia activa y disgregación del soporte. En vista de ello, la sociedad que construye los acumuladores adoptó un soporte formado por un alma rellena de plomo con 10 por 100 de antimonio y que sostiene en los lados algunas piletas inclinadas, dentro de las cuales está la materia activa. Al cabo de algún tiempo de servicio esta materia cae, pero el soporte permanece intacto, bastando reponer aquella.

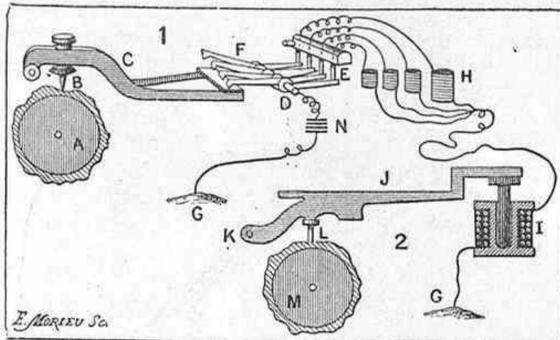


Fig. 5. - Diagramas y principios de los aparatos transmisor y receptor del electro-artógrafo Armstutz

Estas diversas mejoras han permitido reducir de 3.000 kilogramos á 1.700 el peso total de la batería necesaria para un coche.

Los nuevos coches que ya funcionan en París son muy espaciosos y reúnen excelentes condiciones. La batería de acumuladores de 56 elementos con nueve placas de 200 milímetros de longitud por otros tantos de anchura va encerrada en una caja única que se quita y se pone en dos ó tres minutos.

Los motores son dos motores *shunt* que gobiernan

los ejes por medio de un solo engranaje. El empleo de estos motores *shunt* ha permitido realizar otro progreso y recuperar durante las bajadas algo de energía eléctrica en cantidad de un 18 por 100 aproximadamente: esta circunstancia es sumamente importante porque esa recuperación se produce precisamente en los momentos en que los acumuladores acaban de proporcionar una descarga elevada. Este régimen de recarga de cuando en cuando es en alto grado favorable para el entretenimiento de la batería.

Todas las maniobras del nuevo coche se verifican por medio de un solo aparato gobernado por el conductor y que permite poner resistencias en el circuito de los inductores ó del inducido y retirarlas á voluntad.

Merece también citarse el frenamiento eléctrico que se obtiene poniendo el inducido en circuito corto y que es bastante potente para parar instantáneamente el coche.

Todas esas innovaciones han dado por resultado una rebaja considerable en los gastos de explotación, siendo ahora el gasto por coche y kilómetro de 0'34 francos, de los que 0'10 son para la conservación y entretenimiento de los acumuladores, 0'13 para la fuerza motriz, 0'03 para el entretenimiento de los trucs y motores y 0'08 para el personal. - J. L.

(De La Nature)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
en París
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEPÉLICA
para ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
GARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
y conserva el cutis limpio y terso
CARRÉS et Co. 16, St-Jean, 16

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores
Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base
de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como
mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia
contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

DUGOUR constructor, 81, Faub.
St. Denis, París, vende al por menor á igual precio que al por mayor. Velocípedos de camino, 145 fr. Sobreros neumáticos, 295 fr. Catálogo gratis

CEREBRINA
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUEGAS y NEURALGIAS
Suprime los Cólicos periódicos
E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS
La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
Desconfiar de las Imitaciones.

ANTI-DIABÉTICA ROCHER
FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos
contra 8 fr. - Depósito **ROCHER**, Farmacéutico,
112, Rue de Turenne, PARIS, y FARMACIAS.
Envío gratis y franco de un estudio interesante
indicando causas y consecuencias de la **DIABETIS**.
EN BARCELONA: SRES. VICENTE FERRER Y C.^{ta}

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
CASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

Pildoras y Jarabe de BLANCARD
Con Ioduro de Hierro inalterable.
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.
Exíjase la Firma y el Sello de Garantía. - Venta al por mayor: París, 40, r. Bonaparte.

Solucion BLANCARD y Comprimidos de Exalgina
JAQUEGAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGIOS.
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR
Exíjase la Firma y el Sello de Garantía. - Venta al por mayor: París, 40, r. Bonaparte.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
J. FERRÉ y C^{ta}, P^{os}, 102, R. Richelieu, París.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exíjase en el rótulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 12 REALES.
Exíjase en el rótulo a firma
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorosis*, la *Anemia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteración de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrófulosas y escorbúticas*, etc. El *Vino Ferruginoso de Aroud* es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el *Vigor*, la *Coloración* y la *Energía vital*.
Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm. 402, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXÍJASE el nombre y la firma **AROUD**

MEDALLAS * LONDRES 1862 * PARIS 1889 * AMBERES 1894 *
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DRORIAS
DE LAS CAPSULAS DE APIOL LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS EVITAN DOLORES RETARDOS

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

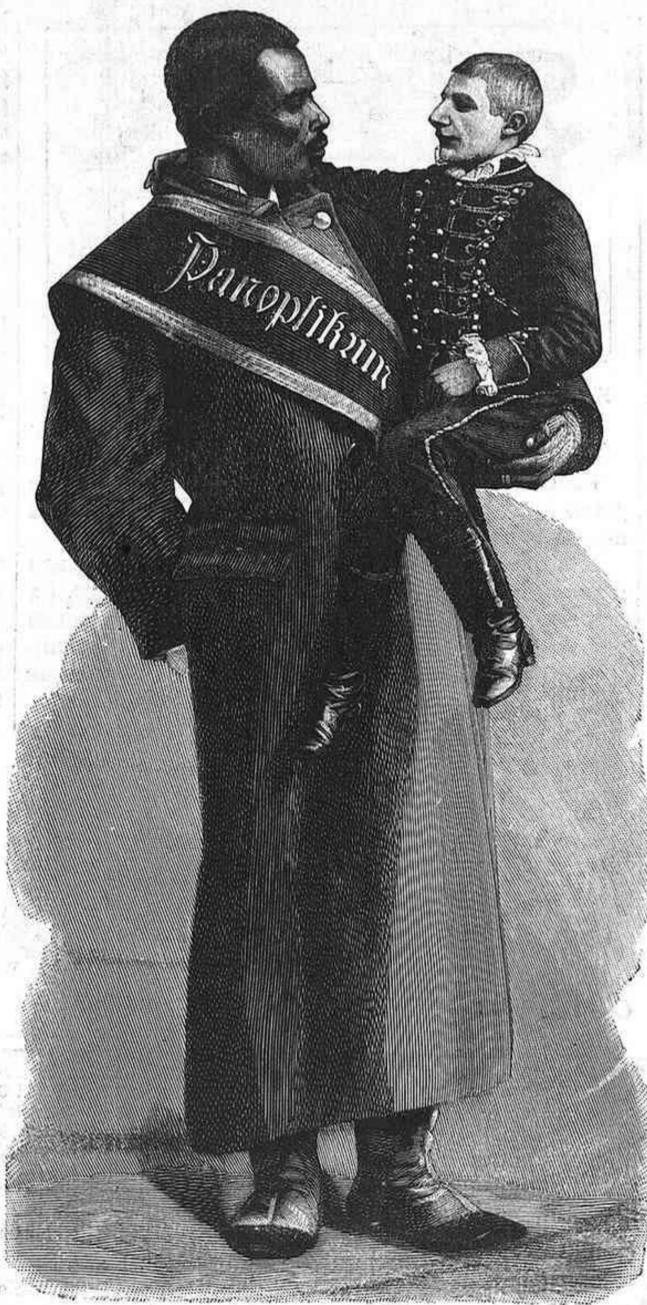
POR AUTORES Ó EDITORES

ROJO Y BLANCO, por *Antonia Opisso*. - Colección de interesantes novelas cortas de la distinguida escritora Antonia Opisso, de quien dice el reputado literato Sr. Sánchez Pérez, en el ingenioso prólogo que lleva el libro, que «es de las pocas, de las contadas que, como el filósofo demostraba el movimiento, demuestra la aptitud de la mujer para escribir escribiendo.» *Rojo y blanco*, que forma parte de la Biblioteca Selecta que en Valencia publica D. Pascual Aguilar, véndese á dos reales.

GENTE DE MADRID, por *Carlos Frontaura*. UN VIAJE Á LOS INFIERNOS, por *Miguel Melgosa*. - Forman estas dos obras los tomos 19 y 20 de la Biblioteca Diamante que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Innocente López: contiene la primera una colección de siluetas y semblanzas de gente de Madrid, escritas con toda la gracia y todo el talento proverbiales en el Sr. Frontaura, especialista, por decirlo así, en la descripción de tipos y escenas de la corte; en la segunda el distinguido escritor Sr. Melgosa trata en forma festiva y á veces chispeante algunos problemas y cuestiones trascendentales dignas de ser estudiadas. Véndense los tomos al precio de dos reales cada uno.

CARTAS SOBRE POMPEI, por *Emilio Pi y Molist*. - El ilustre catedrático de esta universidad D. Antonio Rubió y Ors dice en el notable prólogo de este libro que «la publicación de la obra del Sr. Pi ha de ponerse entre las efemérides literarias de hogafío, en el número de los sucesos de más bulto entre los de esa clase en nuestra ciudad.» Este juicio no puede ser ni más laudatorio ni más justo: los que han recogido y dado á luz las cartas que desde Pompeya dirigió el autor á su amigo D. Luis Mayora, han prestado un gran servicio á la literatura española, falta hasta ahora de una obra que seriamente se ocupase de la resucitada ciudad campaniense. Leyendo las diez y siete cartas que constituyen el libro, se admira la actual Pompeya arruinada y se ve surgir de entre sus ruinas la Pompeya antigua con todas sus bellezas y magnificencias, dejando la obra satisfechos el entendimiento y el corazón por las imágenes y recuerdos que evoca y por las ideas y afectos que brotan de los mismos. Tratándose de un libro del autor de *Los primores del Quijote*, inútil es decir que la forma en que está escrita es tan castiza que bien merece calificarse de clásica. En suma, *Cartas sobre Pompei* serán leídas con igual deleite por las personas doctas, que hallarán en ellas útiles enseñanzas, que por los que sólo quieren buscar en el libro grato entretenimiento. El libro ha sido lujosa y elegantemente impreso en la tipografía de *L'Avenc*.

ENFERMEDADES AGUDAS Y CRÓNICAS, por *N. Neuens*. - El sacerdote alemán N. Neuens, discípulo por decirlo así del abate Kneipp, ha completado su *Manual práctico y razonado del sistema hidroterápico de Kneipp*, con la publicación del libro que nos ocupa, en el cual se tratan desde el punto de vista del sistema del abate de Worishofen todas las enfermedades agudas y crónicas. El libro está traducido por Gustavo Gili y Roig y ha sido editado en Barcelona por D. Juan Gili (Cortes, 223): se vende encuadernado en tela á 5 pesetas.



El hombre pájaro Janos Dobos que actualmente se exhibe en el Panóptikum de Munich

CONSEJERO DE LAS FAMILIAS, por el abate *Kneipp*. - En este libro se compendian los preceptos y tratamientos que tanta nombradía han dado al célebre cura párroco de Worishofen y que se refieren al cuidado de los niños y de los adolescentes durante el período de desarrollo, á la conducta para la edad viril y á las instrucciones para la vejez. Estúdiense además en él las enfermedades de la infancia, de la adolescencia, de la edad viril y de la vejez. Es un libro que justifica plenamente su título. Véndese en la librería de Juan Gili (Cortes, 223, Barcelona) á 3'50 pesetas.

PRO PATRIA. - El último número de esta importante revista contiene notables trabajos de Balaguer, Perés, Omedilla, Roque-Ferrier, Villegas (B.), Sánchez Pérez, Enseñat, Román, Mitjana y otros.

LA BOJERÍA, drama en tres actos, por *José Got Anguera*. - Se ha impreso y puesto á la venta al precio de dos pesetas el interesante drama catalán del conocido escritor señor Got Anguera *La bojería*, que se estrenó con buen éxito en el teatro Romea de esta ciudad el día 14 de enero de este año.

MARÍA DE NAZARETH, por *Ricardo Fuentes Castilla*. - Colección de descripciones sobre los puntos más fundamentales de la historia de María Inmaculada, escritas con verdadero entusiasmo religioso y dentro del criterio de la más pura ortodoxia. Este librito ha sido impreso en Madrid en el establecimiento de Antonio Menárguez, Princesa, 33.

COLECCIÓN DE FORMULARIOS para las principales actuaciones en las Audiencias y Juzgados de Instrucción, por *Miguel Escobar Barberán*. - Libro sumamente útil para los funcionarios de Audiencias y Juzgados de Instrucción, auxiliares de los mismos, procuradores, jurados, etc., por cuanto contiene una colección completa de formularios que se emplean, tanto en la tramitación de las causas y sus incidencias, cuanto en la parte gubernativa á que da motivo la administración de la justicia en lo criminal. Se vende en Madrid, en casa de D. Francisco Cáceres Pla, Florida, 3, y en las principales librerías, al precio de dos pesetas.

¡RATAPLÁN!, por *José M. Matheu*. - Con este título se han publicado diez interesantes y muy bien escritos cuentos del reputado literato Sr. Matheu: forman el tomo 22 de la *Colección Diamante* que edita en esta ciudad D. Innocente López. Véndese en las principales librerías á dos reales.

DUENDES Y FRAILES, zarzuela en dos actos, letra de *Luis Escudero y Pedroso*, música de *José Osuna y Zayago*. - Se ha publicado el libro de esta bonita zarzuela, original del conocido escritor sevillano Sr. Escudero y Pedroso, que se estrenó con gran aplauso en el teatro Cervantes de Sevilla el 16 de noviembre de 1894. Véndese en casa de los corresponsales de la Administración Lírico Dramática.

LA VOZ DE MANDO, juguete cómico en un acto, en verso y prosa, original de *Angel Alfaro del Castillo* y *Enrique Luque Méndez Vigo*. - El éxito alcanzado por esta obra cuando la compañía de D. Emilio Mario la estrenó en Barcelona en 1893 y cuando la representó en Madrid al año siguiente, es el mejor elogio de *La voz de mando*, que se vende en las principales librerías y en casa de los corresponsales de la galería lírico-dramática «El Teatro.»

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Selne.

Las Personas que conocen las PILDORAS DE DEHAUT DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris. Depósito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de ParisLABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyección ipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al vino de Quina de Aroud.

Par mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE, DUSSEY, 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN